AKAL

HISTORIA DEL MVNDO ANTIGVO

61

ROMA

LA EPOCA DE LOS VALENTINIANOS Y DE TEODOSIO





Esta historia, obra de un equipo de cuarenta profesores de varias universidades españolas, pretende ofrecer el último estado de las investigaciones y, a la vez, ser accesible a lectores de diversos niveles culturales. Una cuidada selección de textos de autores antiguos, mapas, ilustraciones, cuadros cronológicos y orientaciones bibliográficas hacen que cada libro se presente con un doble valor, de modo que puede funcionar como un capítulo del conjunto más amplio en el que está inserto o bien como una monografía. Cada texto ha sido redactado por el especialista del tema, lo que asegura la calidad científica del proyecto.

ORIENTE

1. **A. Caballos-J. M. Serrano,** *Sumer y Akkad.*
2. **J. Urruela,** *Egipto: Epoca Tinita e Imperio Antiguo.*
3. **C. G. Wagner,** *Babilonia.*
4. **J. Urruela,** *Egipto durante el Imperio Medio.*
5. **P. Sáez,** *Los hititas.*
6. **F. Presedo,** *Egipto durante el Imperio Nuevo.*
7. **J. Alvar,** *Los Pueblos del Mar y otros movimientos de pueblos a fines del II milenio.*
8. **C. G. Wagner,** *Asiria y su imperio.*
9. **C. G. Wagner,** *Los fenicios.*
10. **J. M. Blázquez,** *Los hebreos.*
11. **F. Presedo,** *Egipto: Tercer Período Intermedio y Epoca Saita.*
12. **F. Presedo, J. M. Serrano,** *La religión egipcia.*
13. **J. Alvar,** *Los persas.*

GRECIA

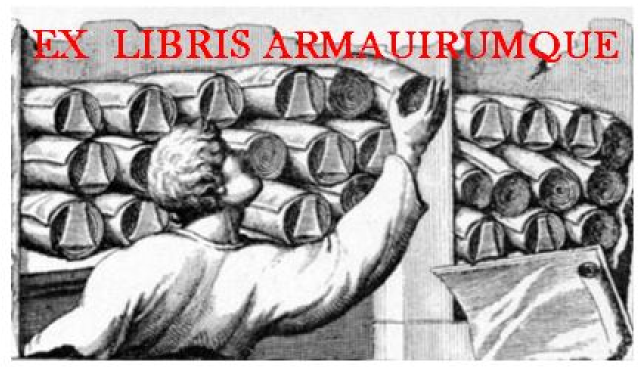
14. **J. C. Bermejo,** *El mundo del Egeo en el II milenio.*
15. **A. Lozano,** *La Edad Oscura.*
16. **J. C. Bermejo,** *El mito griego y sus interpretaciones.*
17. **A. Lozano,** *La colonización griega.*
18. **J. J. Sayas,** *Las ciudades de Jonia y el Peloponeso en el período arcaico.*
19. **R. López Melero,** *El estado espartano hasta la época clásica.*
20. **R. López Melero,** *La formación de la democracia ateniense, I. El estado aristocrático.*
21. **R. López Melero,** *La formación de la democracia ateniense, II. De Solón a Clístenes.*
22. **D. Plácido,** *Cultura y religión en la Grecia arcaica.*
23. **M. Picazo,** *Griegos y persas en el Egeo.*
24. **D. Plácido,** *La Pentecontecia.*
25. **J. Fernández Nieto,** *La guerra del Peloponeso.*
26. **J. Fernández Nieto,** *Grecia en la primera mitad del s. IV.*
27. **D. Plácido,** *La civilización griega en la época clásica.*
28. **J. Fernández Nieto, V. Alonso,** *Las condiciones de las polis en el s. IV y su reflejo en los pensadores griegos.*
29. **J. Fernández Nieto,** *El mundo griego y Filipo de Macedonia.*
30. **M. A. Rabanal,** *Alejandro Magno y sus sucesores.*
31. **A. Lozano,** *Las monarquías helenísticas. I: El Egipto de los Lágidas.*
32. **A. Lozano,** *Las monarquías helenísticas. II: Los Seleúcidas.*
33. **A. Lozano,** *Asia Menor helenística.*
34. **M. A. Rabanal,** *Las monarquías helenísticas. III: Grecia y Macedonia.*
35. **A. Piñero,** *La civilización helenística.*

ROMA

36. **J. Martínez-Pinna,** *El pueblo etrusco.*
37. **J. Martínez-Pinna,** *La Roma primitiva.*
38. **S. Montero, J. Martínez-Pinna,** *El dualismo patricio-plebeyo.*
39. **S. Montero, J. Martínez-Pinna,** *La conquista de Italia y la igualdad de los órdenes.*
40. **G. Fatás,** *El período de las primeras guerras púnicas.*
41. **F. Marco,** *La expansión de Roma por el Mediterráneo. De fines de la segunda guerra Púnica a los Gracos.*
42. **J. F. Rodríguez Neila,** *Los Gracos y el comienzo de las guerras civiles.*
43. **M.ª L. Sánchez León,** *Revueltas de esclavos en la crisis de la República.*
44. **C. González Román,** *La República Tardía: cesarianos y pompeyanos.*
45. **J. M. Roldán,** *Instituciones políticas de la República romana.*
46. **S. Montero,** *La religión romana antigua.*
47. **J. Mangas,** *Augusto.*
48. **J. Mangas, F. J. Lomas,** *Los Julio-Claudios y la crisis del 68.*
49. **F. J. Lomas,** *Los Flavios.*
50. **G. Chic,** *La dinastía de los Antoninos.*
51. **U. Espinosa,** *Los Severos.*
52. **J. Fernández Ubiña,** *El Imperio Romano bajo la anarquía militar.*
53. **J. Muñiz Coello,** *Las finanzas públicas del estado romano durante el Alto Imperio.*
54. **J. M. Blázquez,** *Agricultura y minería romanas durante el Alto Imperio.*
55. **J. M. Blázquez,** *Artesanado y comercio durante el Alto Imperio.*
56. **J. Mangas-R. Cid,** *El paganismo durante el Alto Imperio.*
57. **J. M. Santero, F. Gascó,** *El cristianismo primitivo.*
58. **G. Bravo,** *Diocleciano y las reformas administrativas del Imperio.*
59. **F. Bajo,** *Constantino y sus sucesores. La conversión del Imperio.*
60. **R. Sanz,** *El paganismo tardío y Juliano el Apóstata.*
61. **R. Teja,** *La época de los Valentinianos y de Teodosio.*
62. **D. Pérez Sánchez,** *Evolución del Imperio Romano de Oriente hasta Justiniano.*
63. **G. Bravo,** *El colonato bajoimperial.*
64. **G. Bravo,** *Revueltas internas y penetraciones bárbaras en el Imperio.*
65. **A. Jiménez de Garnica,** *La desintegración del Imperio Romano de Occidente.*



ROMA



Director de la obra:
Julio Mangas Manjarrés
(Catedrático de Historia Antigua
de la Universidad Complutense
de Madrid)

Diseño y maqueta:
Pedro Arjona

Los Berrocales del Jarama
Apdo. 400 - Torrejón de Ardoz
Madrid - España
Tels. 656 56 11 - 656 49 11
Fax: 656 49 95
Depósito Legal: M-17986-1991
ISBN: 84-7600-274-2 (Obra completa)
ISBN: 84-7600 656-X (Tomo XXVI)
Impreso en GREFOL, S.A.
Pol. II - La Fuensanta
Móstoles (Madrid)
Printed in Spain

LA ÉPOCA DE LOS VALENTINIANOS Y DE TEODOSIO

Ramón Teja



Índice

Págs.

Introducción

El reinado de Constantino y de sus hijos, el denominado período de la Dinastía Constantiniana, representó la fundación de un nuevo régimen político y el desarrollo de las nuevas estructuras económicas, sociales y religiosas que caracterizan lo que tradicionalmente se ha venido denominando Bajo Imperio Romano, Imperio Cristiano o Antigüedad Tardía (Spätantike) y que significa un cambio de profundidad respecto a lo que había sido el sistema político implantado por Augusto y desarrollado por sus sucesores durante los dos primeros siglos de nuestra era. Por ello podemos hablar del siglo IV como de un período claramente diferenciado en la historia del Mundo Antiguo que, aunque en muchos aspectos hunda sus raíces en el período anterior, en su conjunto se presenta como una etapa histórica perfectamente diferenciada de la precedente.

El corto reinado del emperador Juliano (361-363) significó un intento de volver en muchos aspectos al estado de cosas preconstantiniano. Su política religiosa propagana y anticristiana fue la máxima expresión de su concepción tradicional y conservadora del Estado que trataba de ignorar el último medio siglo de la historia romana. No pasa de ser un simple juego intelectual el tratar de imaginar qué es lo que hubiera pasado si su vida no se hubiere visto truncada por la muerte prematura, pero no es aventurado predecir que su política habría constituido un rotundo fracaso como todos los intentos que se han producido de ignorar la realidad histórica del momento y de revivir estadios históricos ya superados. Por ello, los cincuenta años que siguieron a su muerte supusieron, desde el punto de vista de la perspectiva histórica que hoy podemos tener, la liquidación de hecho del reinado de Juliano y la consolidación del sistema constantiniano. Así, pues, si la primera mitad del siglo IV representó la implantación de un nuevo sistema, la segunda mitad significó la consolidación y el desarrollo hasta sus últimas consecuencias de este nuevo sistema que caracteriza el llamado Bajo Imperio.

Desde el punto de vista político este período abarca dos dinastías imperiales, la de los Valentinianos y la de Teodosio, pero por comodidad y simplificación terminológica y por la tendencia a resaltar la obra del emperador más representativo de la época, Teodosio ha sido convención ampliamente compartida el denominar a este período la época teodosiana, del mismo modo que a la anterior se le suele denominar la época constantiniana. Hay que reconocer, sin embargo, que el impacto histórico de la obra personal de Constantino fue incomparablemente mayor que el de Teodosio. Éste, al igual que los otros emperadores de la época, especialmente Valentiniano I y Valente, los más significativos, no hizo, como hemos dicho, sino consolidar y desarrollar lo que Constantino había puesto en marcha.

Es pues, este aspecto de consolidación de la obra constantiniana, el que va a servir de hilo conductor central de nuestro estudio del período.

I. Una coyuntura difícil del Imperio: la sucesión de Juliano

1. Elección y muerte de Joviano

La sucesión del emperador Juliano tras su inesperada muerte en junio del 363 representó una especie de drama en dos actos: la elección y fugaz reinado de Joviano y la elección de Valentiano. En ambos aparece un protagonista en la sombra, Saturnino Salutio Segundo.

La muerte de Juliano dejó un ejército desmoralizado y profundamente dividido. Con todo, y ante la urgencia de la situación militar del momento, los principales jefes del ejército se pusieron de acuerdo en el nombramiento de un hombre que por su condición de civil no provocaba excesivos recelos en las dos principales facciones que componían el ejército que Juliano había puesto en marcha contra los persas, la facción gala, hechura de Juliano, y la facción oriental, apegada a Constancio. La elección recayó en el Prefecto del Pretorio de Oriente, Saturnino Salutio Segundo. Se trataba de una persona de avanzada edad, de gran prestigio como persona y administrador y, aunque amigo de Juliano, fue considerado como la persona ideal para apaciguar momentáneamente las tensiones. Sin embargo, el proyecto no fructificó por la rotunda negativa de Salutio Segundo a aceptar la túnica imperial alegando su vejez y mala salud que, sin duda, habían sido las circunstancias que habían concitado la unanimidad en su persona como un emperador transitorio y fugaz para buscar una salida momentánea a la situación.

Aunque Salutio no aceptó que su persona fuera la solución, sí propuso una alternativa que trataba de mitigar los fuertes enfrentamientos dentro del ejército. Parece que fue él quien sugirió el nombre de Flavio Joviano, que inmediatamente fue aclamado por un grupo de soldados y reconocido por todo el ejército. La elección de Joviano parece que obedeció también al intento de encontrar un compromiso entre las diversas facciones del ejército y entre las enfrentadas pasiones de tipo religioso. Joviano era un joven soldado sin especial prestigio militar, era solamente *primicerius* de los *Domestici*, pero había heredado el prestigio de su padre Varroniano que había sido comes de los Domestici. Por otra parte, era de origen panonio, por lo que estaba al margen de los enfrentamientos entre las facciones gala y oriental del ejército y, aunque cristiano, su cristianismo era demasiado simple y elemental para suscitar



Camafeo del siglo IV, Belgrado

excesivos recelos entre los paganos.

La primera preocupación de Joviano recién elegido emperador fue establecer una paz digna con los persas. Ambos bandos estaban deseosos de ella. El rey persa había llevado la peor parte en los campos de batalla y Joviano necesitaba consolidad su poder y no podía hacer frente a los grandes gastos que la campaña iniciada por Juliano comportaba. La paz se negoció rápidamente por medio de dos emisarios. Arinteo por parte romana y Surena por otra parte persa. Aunque Joviano llevó la peor parte, ya que tuvo que ceder amplios territorios ocupados por Severo y Diocleciano y evacuar parte de Armenia, no dudó en concluir un acuerdo que de lo contrario hubiera hecho peligrar su trono. Inmediatemente comenzó la retirada del ejército al tiempo que enviaba emisarios a Occidente para asegurar su reconocimiento. En octubre llegó a Antioquía y durante el invierno continuó el retorno a través de Asia Menor. Pero, mientras llevaba a cabo la retirada, el 17 de febrero del 364 encontró casualmente la muerte en Galacia, víctima de los gases de un brasero encendido en su tienda.

2. La elección de Valentiniano I y de Valente

La inesperada muerte de Joviano volvía a plantear los problemas a la sucesión de Juliano que ya parecían superados. De nuevo volvieron a reunirse, esta vez en Nicea, los altos mandos del ejército y los mandatarios civiles para adoptar una resolución. Las circunstancias que rodearon la elección de Joviano apenas habían cambiado por lo que los criterios que siguieron fueron similares. Una vez más parece que fue Salutio Segundo quien llevó el protagonismo. De nuevo le fue ofrecido el trono, que volvió a rechazar, así como el ofrecimiento hecho en la persona de su hijo, alegando en este caso su excesiva juventud. Por ello, la elección recayó esta vez en otro joven militar panonio, Valentiniano, tribuno de una *schola palatina* de la guardia imperial y cristiano rudo al igual que Joviano y con fama de soldado valiente y honesto. El 26 de febrero, días después de la muerte de Joviano, fue presentado al ejército según el rito tradicional, elevado sobre un estrado revestido de la púrpura y ceñida su frente con la diadema, y fue aclamado por el ejército haciendo chocar sus escudos entre gritos y clamores. Sin embargo, parece que una parte de éste planteó la exigencia de que se le asignara un colega que no fuese ilirio. Valentiniano aceptó la exigencia pero reservándose el derecho a escogerlo, lo que le fue aceptado, y demoró algún tiempo la decisión para apaciguar las pasiones. Una vez instalado en Constantinopla, el 28 de marzo presentó como colega a su hermano Valente que fue aclamado emperador sin dificultades. Valente, más joven que su hermano, era un simple *protector* a la muerte de Joviano, aunque antes de su elección Valentiniano le había ascendido a tribuno cuando el ejército llegó a Nicomedia.

3. Salutio Segundo y la política de Joviano

La sucesión de Juliano puso de relieve las grandes tensiones internas que la política de este emperador había creado entre los diversos estamentos dirigentes del Imperio y que no habían hecho sino acentuar las consecuencias de la gran "revolución" constantiniana. La situación era tan tensa que sólo es posible afirmar que no estalló una guerra civil gracias a la acción oscura pero eficaz de un hombre del que apenas sabemos nada, Salutio Segundo. Gracias a su honestidad y falta de ambición y a la clarividente visión que parece que tenía de las fuerzas enfrentadas por el control del poder y de la política más oportuna para el momento

se encontró una salida a la situación.

Poco es lo que sabemos de las medidas políticas de Joviano y apenas si tuvo tiempo, en su fugaz reinado de nueve meses, para desarrollar una política que merezca tal nombre, salvo la firma de la paz con los persas. Pero las escasas acciones de gobierno que conocemos ponen de relieve un deseo de llevar a la práctica los pactos y los compromisos que habían condicionado su elección y detrás de los cuales creemos que puede verse la mano de Salutio Segundo que los había inspirado y que debió seguir actuando en la sombra.

En el aspecto militar, Joviano hubo de soportar las críticas de una gran parte del ejército y la población que consideraron desventajosa e incluso humillante la paz con los persas. Pero esta paz le vino impuesta por la necesidad de no dar excesivo campo de maniobra a los soldados del ejército de la Galia y el Rin, fieles a Juliano y cuyo recuerdo no podían olvidar fácilmente. Lo real del peligro galo se puso de manifiesto cuando recién elegido nombró a su suegro Luciliano *magister militiae* y le encomendó, junto con el futuro emperador Valentiniano, la misión de asegurar su reconocimiento en Occidente. Los soldados mataron en Reims a Luciliano, librándose Valentiniano casi de milagro cuando llegó el rumor de que Juliano estaba con vida. Sólo después con grandes dificultades logró ser reconocido cuando se comprobó la falsedad de la noticia. Por otra parte, resultaba bastante evidente que la situación económica y militar del Imperio no permitía sostener una larga expedición contra Persia y mantener sometidos los siempre difíciles territorios fronterizos. Así, pues, fue una visión realista y tendente a evitar males mayores lo que le llevó a la aceptación de una paz poco gloriosa pero que suponía un compromiso entre las facciones occidental y oriental del ejército.

La política religiosa de Juliano había contribuido a exacerbar las tradicionales tensiones entre los ejércitos de Occidente y los de Oriente, éstos mayoritariamente cristianos. Estas tensiones habían trascendido al ámbito político y social y habían contribuido a ahondar las diferencias entre las dos *Partes* del Imperio. Diferencias que tenían su origen en el distinto devenir histórico, pero que la política religiosa seguida por Constantino y sus sucesores había ahondado aún más. La oposición Roma-Constantinopla se estaba convirtiendo no sólo en una lucha política sino también religiosa. En este sentido, la política iniciada por Joviano parece que fue la más apropiada y realista. Su cristianismo sin fanatismo, propio de una mentalidad militar simple y elemental, ignorante de las disquisiciones teológico-filosóficas que enfrentaban en múltiples bandos a los dirigentes cristianos, parece que fue uno de los factores que decidieron su elección junto a su origen ilirio que le hacía parcialmente neutral entre ambos bandos del ejército.

Los pocos datos que tenemos de sus disposiciones en materia religiosa confirman que intentó llevar a cabo los objetivos que se habían marcado Salutio Segundo y los altos cargos que habían decidido su elección. Lejos de seguir un revanchismo respecto a la línea de actuación de Juliano, Joviano puso de relieve su afán de moderación y de pactismo, con el objetivo de facilitar una convivencia pacífica que pusiera fin a la pasada herencia recibida, los enfrentamientos entre arrianos, semiarrianos y nicanos promovidos por Constancio y entre cristianos y paganos exarcebados por Juliano. El contraste entre las informaciones de las fuentes paganas y cristianas y las escasas disposiciones del emperador conservadas ponen de relieve este afán de moderación y convivencia.

Al diseñar esta política, Joviano, o más bien sus mentores, no se estaba ideando algo nuevo o desconocido en el siglo IV, sino que se tenía como modelo la política pro-cristiana pero tolerante de Constantino y con la que habían roto, aunque con signo opuesto,

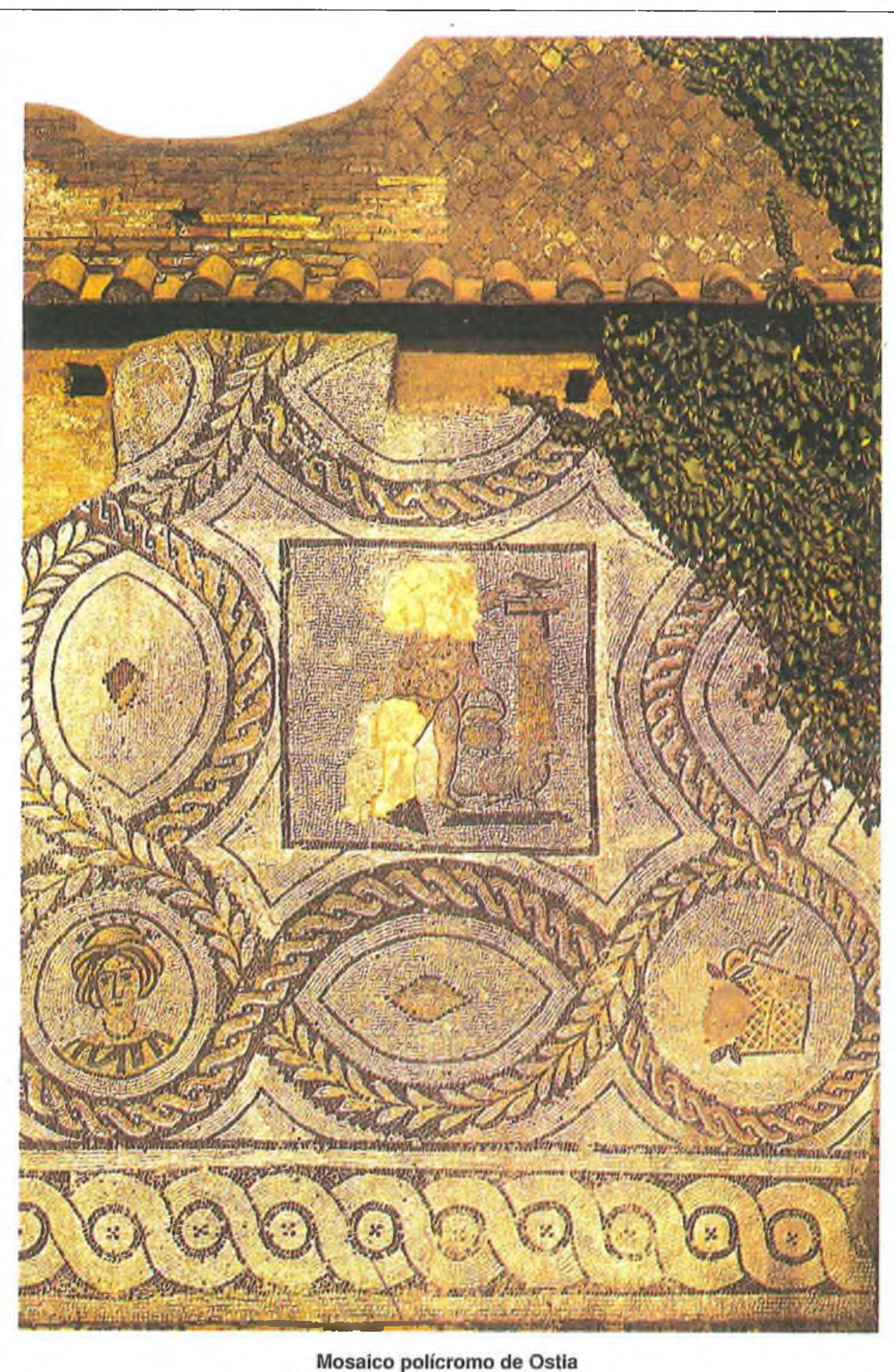
Constancio y Juliano. Esto lo puso bien de relieve el rétor pagano Temistio en el discurso que pronunció en nombre del Senado de Constaninopla con motivo de la toma del consulado el 1 de enero del 363 por el propio Joviano y su hijo Varroniano cuando compara su actitud con la de Constantino porque ha permitido que cada uno ejercite la fe en la que cree (Temist. Orat. V, 70 d.).

Pero si Joviano siguió una política moderada y pactista, ello no quiere decir que fuera indiferente. La indiferencia o desinterés resultaba algo inconcebible para la mentalidad profunda-mente religiosa de la época. Pero su cristianismo, lejos del entusiasmo con que le describen algunos historiadores de la Iglesia con el fin de realzar su ruptura con Juliano, trató esencialmente de hacer compatible la restitución a la Iglesia de privilegios suprimidos por Juliano con la tolerancia del paganismo y sus cultos. Este sentido tiene las medidas por las cuales restituyó a los templos cristianos las asignaciones económicas que les había concedido Constantino aunque reduciendo su montante (Sozom, VI, 3; Teodoret, IV, 4) al tiempo que no retiraba los privilegios que Juliano había concedido a los templos paganos. El mismo afán de equilibrio y moderación manifiesta la ley de *C.T.* XIII, 3,6 de 11 de enero del 384 por la que se deroga la prohibición de enseñar dictada por Juliano contra los cristianos. El mismo tono de la ley concediendo dicha libertad sólo a aquellos que sean dignos *vite pariter et facundia* demuestra el afán de despolemizar el tema y situarlo a un nivel exclusivamente académico. Las únicas medidas de que han llegado noticias que pudieran tener sentido antipagano, la prohibición de la magia y de la superstición (Temist. *Orat,* V, 70) y la imposición de la pena de muerte a quienes raptaren o trataren de raptar para tomar en matrimonio vírgenes consagradas o viudas *(C.T.* XI, 25,2), más que de una política antipagana parece que trataban de ceder a ciertas exigencias de los medios cristianos. En cualquier caso, se ha podido aducir en sentido contrario el anormal número de monedas *(contorniatos)* acuñadas por las grandes familias paganas de Roma con la efigie de Isis para conmemorar el primero de enero del 364 y que constituían uno de los principales medios de la propaganda senatorial. Si bien dichas monedas no dejaron de ser acuñadas hasta el 378- 379 sorprende, como ha señalado A. Alföldy, el desorbitado número de las acuñadas este año, lo que pone de manifiesto el esfuerzo desarrollado por los paganos y su libertad de acción.

Joviano, pues, fue un cristiano creyente *–christianae legis... studiosus et non nunquam honorificus* lo describe Amiano Marcelino XXV, 10, 15– y su política religiosa ni fue indiferente ni neutral pues, como hemos señalado, ni la absoluta indiferencia y neutralidad religiosa ni las mentes de la época ni la práctica del mundo antiguo las conoció nunca. Pero en su breve reinado fue el único emperador romano que fue reconocido y alabado a la vez por cristianos y paganos.

4. Los inicios de los reinados de Valentiniano I y Valente

Si nos hemos detenido en exponer la personalidad y la política de un emperador como Joviano, cuyo fugaz mandato suele ser liquidado en las historias de Roma con unas cuantas líneas de compromiso, lo hemos hecho porque creemos que en su elección y en su acción de gobierno se encuentran las claves para comprender los reinados más duraderos y, por tanto, más importantes, de Valentiniano y Valente y porque creemos que reflejan la mentalidad dominante en los ambientes de la clase dirigente de la época. En estos momentos se intentó una política, basada en una visión de la sociedad romana del momento, que no tendrá éxi-



Mosaico polícromo de Ostia con representaciones de los meses

to, que trataba de poner fin a la intransigencia que había caracterizado los reinados de Constancio y Juliano, enlazando en cierto modo con la tradición constantiniana y que, tras su fracaso parcial, dará un giro rotundo con la subida al trono de Teodosio I.

Como ya vimos, la elección de Valentiniano fue casi una reproducción de la de Joviano. Los mismos protagonistas, los mismos criterios y la selección de una persona que era casi un calco de la anterior. Ambos eran soldados, relativamente jóvenes y con brillante carrera militar –Joviano tenía unos treinta años y Valentiniano cuarenta y cuatro– y ambos panonios, hijos de soldados que habían sobresalido en el ejército y ambos eran cristianos pero con una concepción de su fe que parecía no provocaba recelo en los paganos. En ambos casos, en definitiva, se trató de buscar la moderación entre las facciones militares y religiosas y en ambas elecciones aparece como principal artífice Salutio Segundo, que parece haber puesto de relieve su buen sentido político no sólo renunciando al poder que por dos veces se le ofreció, sino dejando de lado sus preferencias personales para escoger al hombre que parecía reunir mejores condiciones. Pagano tolerante, prefirió escoger personas cristianas, aunque tolerantes como él, convencido quizá de que el paganismo era ya la religión de otros tiempos y que el futuro pertenecía a los cristianos.

Los inicios del reinado de Valentiniano, por las escasas noticias que nos han llegado, pusieron de manifiesto el afán de llevar a cabo la política de moderación y de pacto que, sin duda, le había sido marcada por Salutio Segundo y todos los que hicieron posible su elección y que había caracterizado el reinado de Joviano. Los primeros meses los consumió en compañía de su hermano Valente. Tras abandonar Constantinopla en abril se dirigieron al frente del Danubio y no se separaron hasta agosto. Las medidas políticas que conocemos de este período ponen de relieve que los grandes problemas del momento eran el militar y el religioso y a ellos se dedicó toda la atención. Las dificultades financieras que había originado la expedición persa se manifiestan por las medidas tomadas para que nadie fuera eximido de los impuestos al tiempo que ambos se entregaron a una reorganización conjunta del ejército. En materia religiosa proclamaron una vez más el principio de que cada uno puede profesar libremente la religión que prefiere (*C.T.* IX, 16, 9) aunque, al igual que había hecho Joviano, dictaron medidas contra la magia y ciertos sacrificios nocturnos *(C.T.* IX, 16,7). En política interna no mostraron ningún afán por depurar los altos cargos de la administración dejados por Juliano. Únicamente fue relevado el prefecto de las Galias Salustio y parece que pusieron especial interés en depurar la administración en los escalones inferiores a los gobernadores de provincias en un deseo de poner freno a la corrupción, que veremos no dio resultado. Respecto al Senado mostraron de entrada un gran respeto y afán de colaboración que se puso de relieve nombrando prefecto de la ciudad a Símmaco, ilustre representante de las viejas familias senatoriales y zanjando a favor del prefecto de la ciudad, que a su vez lo era del Senado, un viejo conflicto de competencias entre él y el vicario de la diócesis suburbicaria.

Estos inicios prometedores parece que no tuvieron continuidad y de hecho Valentiniano ha pasado a la historia como uno de los emperadores malditos por la mala prensa que tuvo entre los historiadores paganos representantes de los ideales senatoriales, especialmente Amiano Marcelino, sin que a su vez la historiografía cristiana viera en él a uno de los defensores a ultranza del cristianismo. Varios fueron los factores, unos fundados, otros no, que influyeron en ello, pero creemos que uno de los más decisivos fue el escaso acierto a la hora de elegir como colega a su hermano Valente.

5. La división del Imperio

Según Amiano Marcelino (XXVI, 5, 1 ss.), la división del Imperio entre Valentiniano y Valente se llevó a cabo a primeros de junio del 364 en las proximidades de Naiso aunque como vimos ambos emperadores siguieron juntos hasta finales de agosto. Mucho se ha discutido sobre esta división del Imperio que será ya definitiva salvo un breve período de tiempo en el que reinará Teodosio como único emperador. Amiano Marcelino atribuye el hecho a la peligrosa situación de la política exterior que describe con negros tintes, con los enemigos exteriores acosando al Imperio por todos sus puntos. La división del ejército en dos facciones, que había condicionado la elección de Joviano y Valentiniano e incluso había forzado a éste a elegir a su hermano Valente como colega, debió ser otro elemento de peso a la hora de tomar la decisión. Pero de hecho la división había sido una necesidad sentida desde hacía tiempo y había sido Diocleciano quien había intentado ya darle una forma legal y sistematizada. Si la situación militar del momento sirvió de estimulante inmediato pra llevarla a cabo, la causa última hay que verla en la diferenciación creciente, por su diverso pasado histórico y lingüístico, entre Oriente y Occidente y la imposibilidad de atender al gobierno de ambas partes de forma eficaz con los medios técnicos de que se disponía. Las dos facciones en que estaba dividido el ejército en estos momentos no eran sino una manifestación más de esta realidad más profunda.

Si el hecho de la división no fue algo nuevo, sí lo fue la forma en que se llevó a cabo. Por primera vez la división fue algo real y no formal o meramente administrativo, de modo que por vez primera, a partir de ahora, se puede hablar de un Imperio Occidental y otro Oriental como dos estados con dos gobiernos distintos, aunque se mantenía el pincipio de la "colegialidad", especialmente en el aspecto legislativo. La división



Fragmento de la columna de Teodosio I.
Estambul, Baños de Bayacid.

llevó consigo lógicamente un reparto del ejército que obedecía a la división de hecho que venía operando desde el reinado de Juliano. Valentiniano se llevó consigo a los principales del ejército de Juliano, como Dagalaifo y Jovino, y Valente a los hombres de Constancio, Víctor y Arinteo. El problema de dividir el ejército del Ilírico, el tercero en discordia, fue facilitado por el origen ilírico de ambos. Fue sin duda para preparar este hecho por lo que los dos emperadores pasaron juntos los primeros meses en el frente danubiano.

A los historiadores modernos les ha llamado la atención el que Valentiniano se reservase para sí la parte occidental en una época en que el mayor peso político y económico se había trasladado ya a Oriente, sobre todo tras la fundación de Constantinopla. Posiblemente el mayor peligro que corrían las fronteras occidentales y el que él se sintiera por encima de todo un militar fue un elemento decisivo. Junto a ello se ha especulado también con que Valentiniano tuviera en mente recuperar para Occidente el peso que había tenido en siglos anteriores e incluso que intentara devolver a Roma su capitalidad real, todo ello de acuerdo con una concepción política de corte tradicionalista que se manifiesta en muchas de sus medidas de gobierno. Pero si estos proyectos existieron, fueron vanos pues por mucha que fuese la capacidad de influencia de un emperador romano, que era menor de lo que aparentaba, no podía ir en contra de las corrientes de la historia. La suerte estaba echada a favor del Oriente y la historia posterior lo pondrá de relieve.



Moneda de Valentiniano II y Valente
Roma, Museo Nacional.

II. La obra de gobierno de Valentiniano I

1. La política con el Senado: leyenda y realidad

Valentiniano fue blanco de las iras de Amiano Marcelino y otros escritores paganos que dieron de él una imagen de brutalidad y despotismo que la historiografía moderna ha seguido fielmente hasta que A. Alföldy (1952) emprendió una labor de reivindicación de su imagen en una obra ya clásica que ha servido para poner de relieve muchos aspectos de su obra política antes pasados por alto. A. Alföldy ha resaltado la parcialidad de la imagen trazada por Amiano Marcelino llevado de las acciones antisenatoriales que se dieron especialmente al final de su reinado y ha intentado distinguir entre las responsabilidades inmediatas del propio emperador y las de los altos funcionarios por él nombrados. En apoyo de este último dato creemos que hay que tener en cuenta que, aunque la responsabilidad política última recae sobre quien nombraba a los funcionarios, la complejidad del sistema administrativo de la época hacía muy difícil el control de éstos por parte del poder imperial que, aparte de su absolutismo formal, estaba maniatado por toda la serie de poderes fácticos políticos, militares, económicos, etc., imperantes. Hay que tener presente, asimismo, que muchos de estos altos funcionarios que se ensañaron con el Senado fueron representantes ilustres de éste, como veremos, y que el Senado constituía un poder autónomo que se oponía tercamente a muchas de las reformas bienintencionadas que acometía el emperador. De hecho, si hay una constante que caracteriza su acción de gobierno, aparte de su brillante actuación militar, fue su lucha contra la corrupción de la administración en beneficio de la gran masa de sus súbditos.

Los historiadores modernos, a partir de A. Alföldy, por otra parte, han tratado de distinguir dos épocas en su política senatorial. Una primera favorable a éste que duraría hasta el 369 y una segunda radicalmente opuesta, desde este año hasta su muerte en el 375. Aunque demasiado simplificador, creemos que este planteamiento resulta correcto en líneas generales. Ya vimos cómo los inicios de su reinado se caracterizaron por su respeto y diferencias con el Senado romano. Esto no fue un espejismo sino que tuvo una continuidad. A Símmaco, nombrado prefecto de Roma para el 364, sucedió en el 365 otro ilustre representante de la nobleza senatorial, Volusiano Lampadio, al tiempo que nombró prefecto de Italia a un pariente de Juliano que

había caído en desgracia con éste, Vulcacio Rufino. El 367 el prefecto de la ciudad será Praetextato, uno de los jefes de la aristocracia romana, y el 369 Olibrio. El prefecto de Italia desde el 367 a 375 será Patronio Probo, una de las personas con más influencias en la aristocracia romana, emparentado con la vieja familia de los Anicli, aunque resultará ser el gran enemigo de esta aristocracia o al menos de una facción de ella.

Si los nombramientos reflejaron un deseo de complacer al Senado abiertamente, otro tanto se puede decir de su legislación respecto a este alto organismo y los valores e ideales que representaba. En el 364 renovó una ley de Constancio por la que se creaban los *defensores senatus* estableciendo que éstos debían ser reclutados entre los mismos senadores. Un claro sabor tradicional, muy del gusto del Senado, tiene una ley más tardía (370- 373), y que es la única en su género en todo el Código Teodosiano, por la que se prohibía el matrimonio entre romanos y bárbaros *(C.T.* III, 14,1). El mismo significado hay que atribuir a su preocupación por las obras públicas y de embellecimiento de Roma, aunque nunca llegó a establecerse en la capital, así como el respeto tradicionalista con que se dirige en los textos legislativos al pueblo romano: *sacer et venerabilis populus* y la preocupación que mostró por el avituallamiento de la capital (distribuciones de vino, de carne de cerdo, etc.) y de lo que constituye una buen prueba la condena el 364-365 contra el ex- prefecto de la ciudad Orfito que se había beneficiado de los fondos para el vino *(arca vinaria)*. Por otra parte, toda su amplia legislación muestra un deseo, tanto en el contenido como en el mismo vocabulario, de enlazar con las viejas tradiciones romanas: "es necesario mantener las costumbres que han sido confirmadas por el buen juicio y la previsión de los hombres de otros tiempos".

Estas intenciones concuerdan con el afán que otros aspectos de su obra y de su personalidad delatan por superar su escasa formación cultural concorde con su origen militar. Aunque algunos historiadores antiguos –no así Amiano Marcelino– han exagerado su incultura, su brutalidad, su aspecto físico (alta estatura, cabellos rubios), elementos peyorativos derivados de la asociación de ideas entre la formación cultural greco-latina y el físico mediterráneo, es indudable que, aunque no era un soldado ignorante, su cultura estaba muy por debajo de la propia de la elite dirigente del momento. Pero demostró afición a ciertas artes como la plástica, la pintura y la ortografía. Fue sin duda esta afición la que le llevó a dictar el 364 una serie de privilegios en favor de los pintores, entre ellos el de asignarles talleres gratuitamente. Pero no se trató de un simple capricho personal. El afán de elevar el nivel cultural le indujo a una reorganización de la "universidad" de Roma conservada en una ley del 370 (*C.T.* XVI, 9, 1) y el mismo Símmaco le alaba por su afán de mejorar la elocuencia judicial *(Orat.* II, 29). Este mismo afán de superar su escasa formación intelectual se puso de manifiesto con la elección como preceptor de su hijo Graciano de uno de los intelectuales más prestigiosos de la época, el rétor de Burdeos, Ausonio.

Junto a estas medidas a las que se les puede asignar un carácter prosenatorial, la historiografía moderna ha puesto de relieve otras a las que se puede dar un significado opuesto. Tal es el caso del predominio de cónsules de origen militar sobre los de origen civil durante su reinado, o la equiparación de los más altos puestos militares (*comites rei militaris, magistri militiae)* con los más altos puestos civiles, o la tendencia a confundir la clase senatorial con el alto funcionariado. En realidad, creemos que en estos aspectos Valentiniano ni innova nada, no lleva a cabo una inflexión respecto a la situación anterior. Se trata más bien de

Semblanza de Petronio Probo por Amiano Marcelino

En este momento, al morir Vulcacio Rufino durante el desempeño de su cargo (367), Petronio Probo, que vivía en Roma, fue llamado para desempeñar la Prefectura del Pretorio. Era una persona muy conocida en todo el mundo romano por la nobleza de su origen, por su gran poder y por sus posesiones que estaban esparcidas a lo largo y ancho de todo el territorio del Imperio. Si su origen era o no justo, no nos corresponde a nosotros juzgarlo. La Fortuna, que para él era algo casi congénito, le llevaba sobre sus alas veloces –como dicen los poetas– y unas veces le hacía aparecer como benefactor y protector de sus amigos, otras como temible enemigo impulsado por odios imaginarios. Si bien disfrutó, mientras vivió, de enorme autoridad por sus generosidades y por los numerosos cargos que fue desempeñando con breves intervalos, se mostraba, a pesar de todo, tímido ante las personas audaces y engreído sólo ante los timoratos, de modo que cuando tenía confianza en sí mismo parecía como si tronase desde la altura del coturno trágico y cuando tenía miedo parecía que andaba sobre la más vulgar de las alpargatas. Al igual que los peces cuando son sacados de su elemento natural no logran respirar por mucho tiempo en la tierra, así él parecía enfermo cuando no ocupaba las prefecturas que debido a los enfrentamientos entre las grandes familias se veía obligado a ocupar. A éstas las empujaba su inmensa avidez pues, para poder cometer impunemente numerosos delitos, llevaban a su protección al ejercicio de los cargos públicos. Hay que reconocer que Probo, llevado de su magnanimidad innata, jamás ordenó a ningún cliente o esclavo cometer algún delito, pero si se enteraba de que alguno de ellos lo había cometido lo defendía aunque la Justicia en persona se opusiese, sin preocuparse en indagar en el tema y sin tener en cuenta lo que era honesto y recto... Era por propia naturaleza desconfiado y receloso; sonreía de modo amargo y con frecuencia se mostraba adulador para hacer más daño. Se trata de un defecto que en este tipo de personas cuanto más se trata de ocultar, más se manifiesta. Era tan implacable e inflexible que cuando se proponía hacer daño a alguien no era posible hacerle cambiar de opinión ni inducirle a perdonar los errores, hasta el punto de que sus orejas parecían tapadas no con cera sino con plomo. Elevado como estaba en la cumbre de sus honores y riquezas, era, sin embargo, presa siempre de angustias y preocupaciones, lo que le provocaba continuamente pequeñas enfermedades.

Am. Marcel. XXVII, 11 (Trad. R. Teja).

la evolución lógica de los principios sentados por Constantino y del predominio que con él se instaura de los cargos militares y burocráticos respecto a los civiles, herederos de las viejas magistraturas.

Fueron, sin embargo, una serie de medidas tomadas en los últimos años de su reinado lo que parece que le llevó a un enfrentamiento radical con el Senado, origen del funesto recuerdo con que ha llegado a nuestros días. El Senado soportaba mal a los altos funcionarios de origen panonio, como el propio emperador, que ocupaban puestos importantes en la administración y a los que se acusaba de incultos, brutales y corrompidos. Tal era el caso de Remigio, *magister officiorum* durante casi todo el reinado, del 364 al 373, o Vivencio, prefecto de las Galias del 368 al 371. Sin embargo, el que parece que desató todos los odios de la aristocracia senatorial y dio origen a la crónica negra de Amiano Marcelino fue Maximino, prefecto de la Annona. Los hechos parece que se iniciaron el 369 con motivo de una acusación de prácticas mágicas y de envenenamiento presentada por un ex-vicario ante el tribunal de Olibrio, prefecto de la ciudad. Éste, por razones que desconoce-

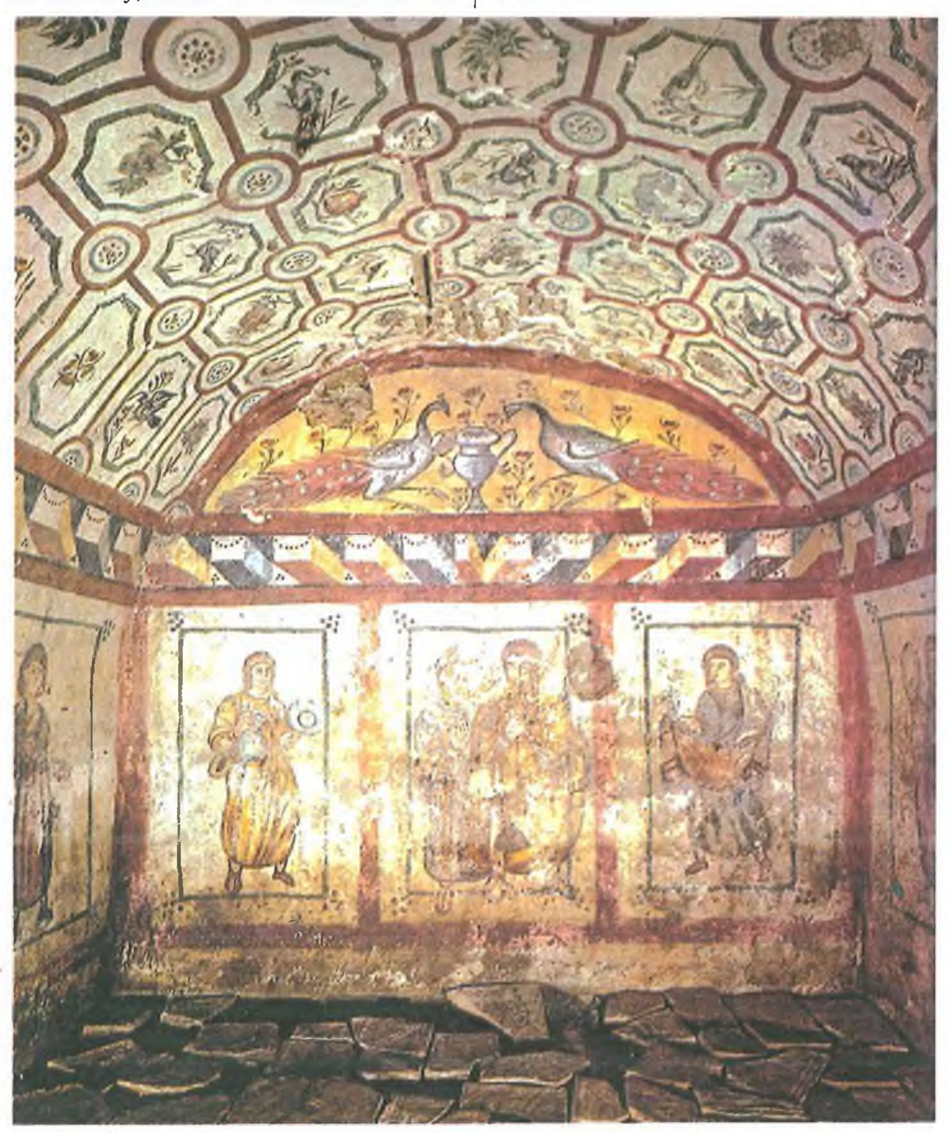
mos, remitió la causa ante el prefecto de la Annona, Maximino, en vez de hacerlo ante el vicario del prefecto del pretorio que era más competente en el tema. Maximino aprovechó el hecho para iniciar una serie de procesos, torturas, persecuciones, etc., contra destacados miembros de la aristocracia senatorial que desembocó en una espiral de terror y condenas que durará hasta el final del reinado. Amiano Marcelino hace recaer toda la responsabilidad en Valentiniano y su círculo de panonios, pero la situación debió de ser algo más compleja. De hecho una de las víctimas fue el *magister officiorum* Remigio y otro de los personajes que más se distinguieron en los abusos y las represiones fue el ilustre senador Petronio Probo, por lo que resulta difícil establecer responsabilidades y juicios de valor respecto a una situación tan compleja y con unas fuentes de información tan condicionadas. De hecho, parece que ante las primeras protestas Valentiniano intentó poner coto con un edicto en que recordaba la prohibición de torturar a aquellos que estaban exentos por su rango social. Maximino fue apartado de la prefectura de la Annona pero para ser promocionado a Vicario de Italia y después a la prefectura de las Galias. Sus sucesores, Doriforiano y Simplicio, panenios también, parece que rivalizaron en superar su crueldad. En la prefectura de la ciudad se suceden en estos años personajes de origen provincial que reemplazan a los aristócratas romanos, Ampelio de Antioquía, Eupraxio de Mauritania, el franco Bappo, que parece volcaron todas sus represiones y odios sobre la nobleza romana. Todo parece indicar que Valentiniano desde su corte de Tréveris y volcado en los acuciantes problemas militares del momento perdió el control de la situación y se cerró sobre sí mismo influido por los informes de sus allegados que le hacían ver el peligro de una conjura senatorial contra él. Llevado de su afán por acabar con la corrupción que invadía todas las esferas de la administración, debió de ver en este enfrentamiento con el Senado un episodio más de su afán de depuración. En última instancia no hay que olvidar que la crueldad y el despotismo exacerbado fue una característica propia de la sociedad de la época. Como ha señalado A. Piganiol (1972) "la legislación criminal del siglo IV produce una sensación de horror, muchas de las leyes parecen dictadas por locos. Y es que no hay duda que se cometían con frecuencia crímenes más vergonzosos aún. Se trata de un espectáculo no previsible en el siglo de los emperadores cristianos".

2. La lucha contra los abusos de los poderosos y la corrupción: las contradicciones del sistema

Hemos dicho que quizá Valentiniano vio en su enfrentamiento con la aristocracia senatorial un episodio más de su lucha contra los poderosos del momento y contra la corrupción de la administración y que el tema se le fue de las manos. Significativamente, A. Alföldy tituló el tercer capítulo de su obra sobre el conflicto entre Valentiniano y el Senado "La corrupción y su antídoto, el terrorismo". De hecho, su reinado ha dejado en el Código una amplísima y variada legislación en la que el emperador reitera una y otra vez sus esfuerzos en este sentido.

Uno de los aspectos más llamativos de esta legislación son los intentos por defender a los elementos más débiles e indefensos de la población frente a los más poderosos, e incluso el propio vocabulario de los textos parece reflejar una simpatía por los estamentos más desfavorecidos que resulta un caso único en la literatura política de la Antigüedad. Quizá la medida más significativa a este respecto fue la creación

de una nueva figura en la administración, el defensor del pueblo (*defensor plebis*), que se desarrolla mediante diversas normas legislativas que van del 368 al 370, primero aplicadas al Ilírico y después al resto del Imperio. Con ella se trataba fundamentalmente de defender a la clase campesina, *la innocens et quieta rusticitas* de que habla en otra ley, frente a los abusos de los poderosos *–contra potentium iniurias–* asignándola un patrón que la protegiera. Éste debía ser elegido en cada ciudad entre antiguos gobernadores, antiguos abogados o antiguos funcionarios de la corte excluyendo expresamente a los curiales y a los *officiales* (funcionarios de los gobernadores de provincia). Las funciones de estos *defensores* eran básicamente la de hacer de abo-



Tumba de silistra Moesia
(Segunda mitad del siglo IV)

gados en los pleitos menores de asuntos de deudas, de imposición de impuestos, de intervenir ante el gobernador en los asuntos más importantes, etc. Se trataba en definitiva de proteger a las clases más indefensas de los abusos de la administración o de los patronos privados. En la misma línea insiste una curiosa ley en la que recuerda a los médicos que su obligación es ayudar a los pobres y no ponerse vergonzosamente al servicio de los ricos (*C.T.* XIII, 3, 8).

Resulta difícil valorar la eficacia de esta institución que, en cualquier caso, tuvo una vigencia escasa pues la legislación de los emperadores posteriores que la desarrollará terminará por desvirtuarla totalmente asignando como defensores precisamente a aquellas personas contra las que se intentaba proteger. De todos modos, creemos que su significado histórico mayor radica en que refleja la conciencia que tuvo el emperador de los males mayores que afectaban a la sociedad de la época, la corrupción de la administración y la institución del *patrocinium* profundamente arraigada ya en esta época. Se trataba de vicios estructurales del sistema, consecuencia de sus profundas contradicciones interna y que, por tanto, no podían ser eliminados con simples medidas administrativas. Algunos autores modernos, como A. Hoepffner (1938), han creído ver en la creación del *defensor plebis* un episodio más de la lucha del emperador contra el Senado. Si bien esto revela que el enfrentamiento tuvo raíces más profundas y alcance más trascendente que la simple brutalidad de unos altos cargos panonios que odiaban las riquezas y la cultura superior de la antigua clase dirigente del Imperio, no creemos que éste fuera el punto de mira del emperador. Éste trataba de mantener y preservar unos grupos sociales, como el pequeño campesinado libre, cuya existencia estaba condenada a la desaparición porque se habá transformado el sistema político y social que le había dado vida. La mejor prueba de ello la encontramos en la legislación relativa a los curiales y a las ciudades en la que afloran todas las contradicciones del Bajo Imperio.

La variada legislación de Valentiniano referida a los curiales y a ciertos grupos de la población urbana, las corporaciones, ha dado lugar a interpretaciones y opiniones muy encontradas entre los historiadores modernos. Ya vimos que cuando se crea el *defensor plebis* se excluye expresamente que éstos puedan ser elegidos entre los curiales. Ello supone incluir a éstos entre los opresores de los campesinos. En realidad, los curiales eran víctimas de un Estado que los había puesto a su servicio. Es bien sabido que las ciudades y la clase curial que las mantenía habían constituido la célula básica del sistema político del Imperio durante los primeros siglos de su existencia. En la gran crisis del siglo III fueron los elementos más afectados y la reestructuración dioclecianea y constantiniana representó un duro golpe para las ciudades y la clase social que las sustentaba al poner a los curiales al servicio del Estado haciéndoles responsables de la recaudación de los impuestos sobre la tierra y fiadores de su montante con su propia fortuna. Otras medidas tuvieron el resultado de aumentar sus cargas y *munera* de todo tipo y de disminuir las tierras de las ciudades o de poner freno a las exenciones de la curia como era el caso de los clérigos cristianos. No es extraño por ello que Juliano, con su política de vuelta al estado de cosas preconstantiniano, dedicase una especial atención a devolver el prestigio y los recursos económicos a las ciudades y la clase curial. En la misma línea, Valentiniano dictó una serie de medidas que trataban de aligerar las cargas de los curiales pasando a los *officiales* la tarea de recaudar los impuestos y les liberaba de la pesada carga del mantenimiento de la posta imperial *(cursus publicus)* transfirién-

dola a las *honorati* (*C.T.* VI, 35,6; XII, 6, 6; 6, 9; VIII, 5, 26).

Pero esta política entraba en contradicción con las necesidades crecientes de recursos económicos a que tenía que hacer frente la hacienda estatal y la política imperial no ahorró medios para lograrlo. Las propias ciudades sufrieron las consecuencias. Así, las tierras públicas que les habían sido devueltas por Juliano, Valentiniano volvió a afectarlas a la hacienda estatal reservando a las ciudades solamente un tercio para hacer frente a la reparación y el mantenimiento de sus murallas (*C.T.* IV, 13, 17). Llevado por esta exigencia de recursos, tomó otra serie de medidas de todo tipo, de significado muy diverso. En un afán de saneamiento prohibió a los funcionarios adquirir propiedades en las regiones en que ejercían su mandato (*C.T.* VIII, 15, 5) y a los curiales tomar en alquiler tierras públicas (*C.T.* XII, 1, 77). Puso todos los medios para recaudar con más rigidez los impuestos y restableció el monopolio de las minas por el Estado. En este afán de aumentar los ingresos no dudó en llevar a cabo confiscaciones de los bienes de muchos ricos aristócratas, hecho que se ha relacionado con su política antisenatorial.

Era una opinión compartida por los contemporáneos que una de las mayores lacras del Estado era la excesiva proliferación de funcionarios. Valentiniano quiso poner freno al proceso limitando a trescientos el número de funcionarios que podían servir en las oficinas de los vicarios (*C.T.* I, 15, 5), y estimuló a los altos cargos de la administración a depurar sus servicios (*C.T.* VIII, 7, 10). Pero al propio tiempo la historiografía moderna le ha considerado como uno de los principales impulsores del reforzamiento del principio de la fijación de por vida de los curiales y los miembros de las corporaciones profesionales en sus cargos. Aunque en otro lugar (R. Teja, 1973) hemos intentado demostrar que estas medidas sólo iban dirigidas a los miembros de las corporaciones públicas afectas a los servicios públicos de Roma y Constantinopla y de otros servicios esenciales para el Estado, el hecho pone de relieve las contradicciones del sistema político del Bajo Imperio y la poca eficacia que podían tener medidas legislativas aisladas que, a su vez, ahondaban estas contradicciones. El sistema implantado por Diocleciano y perfeccionado por Constantino llevaba a una estatalización creciente que hacía que el poder central necesitase cada vez más recursos para hacer frente a las necesidades militares, a la administración, a la propia corte imperial. Ahora bien, quienes en última instancia eran los responsables de allegar estos fondos eran los miembros de la aristocracia dominante, que eran, a su vez, los grandes propietarios de la tierra y que disponían de todos los resortes del poder para sustraerse a sus propias obligaciones tributarias y a los que se añadió, a partir de Constantino, la propia Iglesia, que se fue constituyendo en un gran poder económico con creciente influencia política. En este contexto, la cuerda se rompía siempre por el lado más débil, el constituido por los curiales y los campesinos, así como ciertos grupos de la población urbana. Se explica así el hecho de que parece que fue el propio Valentiniano quien extendió la práctica del colonato a regiones que no lo conocían, como el Ilírico, pese a haberse declarado defensor de los campesinos frente al patrocinio de los propietarios y que el Estado aumentase en esta época en gran medida sus propiedades en rivalidad con los particulares y la Iglesia. En definitiva, el resultado no fue otro que poner al servicio del Estado a la mayor parte de la población del Imperio en una estatalización creciente de toda la vida pública que tiene un buen reflejo en una ley del 372 que fijaba rígidamente la jerarquía y el rango de todos los funcionarios estableciendo una equivalencia estricta entre

los puestos civiles y militares (*C.T.* VI, 7, 1; vid. et. 9, 1; 14, 1; 22, 4). Los mismos efectos y contradicciones tuvo su política monetaria, que tenía por objetivo prioritario aumentar los ingresos del Estado. Para lograrlo, no hizo sino continuar los principios desarrollados por Constantino que beneficiaban exclusivamente a los propietarios de moneda de oro, en perjuicio de la gran masa de la población, de la innocens et quieta rusticitas que en otros aspectos trataba de favorecer como denunció el anónimo autor del curioso tratado "*de rebus bellicis*" y como ha puesto de relieve S. Mazzarino (1951).

3. La política religiosa: moderación e imparcialidad

Ya vimos cómo, desde el comienzo de su reinado, Valentiniano se propuso en el tema religioso una política de moderación e imparcialidad en la línea iniciada por Joviano y que en ningún momento resultaba tan necesaria como en éste para apaciguar los ánimos. Durante todo su reinado fue tan fiel y consecuente con este principio que un crítico tan acerbo como el pagano Amiano Marcelino dice de él que "*inter religionum diversitates medius stetit*" (XXX, 9, 5). Realmente fue el único emperador del siglo IV, junto al fugaz Joviano, que supo mantener una imparcialidad religiosa que adquiere mayor significado si se tiene en cuenta las pasiones que la religión despertaba en esta época en todas las gentes y los precedentes que habían sentado Constancio y Juliano.

La crítica moderna ha explicado esta postura en base a una escasa formación religiosa de Valentiniano acorde con su origen militar, que le había llevado a contenerse con una serie de manifestaciones exteriores. Creemos que esta valoración no es adecuada. Su hermano Valente tenía la misma formación militar y demostró un gran fanatismo religioso y el propio Valentiniano había puesto a prueba sus convicciones religiosas duranteel reinado de Juliano cuando, por negarse a abjurar de su fe, fue relegado con la privación de su grado de tribuno. Es más, cuando en su legislación desarrolla los criterios de su política religiosa demuestra que ésta obedecía a una convicción profunda de cuál debía ser el papel de un soberano en materia religiosa. El historiador de la Iglesia Sozomeno recuerda que cuando se le presionaba para que interviniera en un sentido o en otro respondía: "Yo sólo soy un laico, resolved vuestros asuntos a vuestro gusto y llevad a cabo vuestras asambleas como vosotros queráis" (*Hist. Ecles.* VI, 6).

Esta imparcialidad religiosa abarcó a todos los ámbitos de conflicto religioso que se daban en la época, las pugnas entre cristianismo y paganismo, entre las diversas sectas cristianas e incluso frente a los judíos, prohibiendo la destrucción de las sinagogas (*C. J.* I, 9, 4). Únicamente dictó medidas contra los maniqueos y ello porque sus actividades afectaban a la seguridad del Estado por el origen persa de la secta siguiendo en este tema una política implantada por Diocleciano y contra los donatistas cuando apoyaron abiertamente al rebelde Firmo. La imparcialidad le llevó a extremos tales como conceder al clero cristiano el privilegio de juzgar, pero en temas relativos exclusivamente a la fe y disciplina eclesiásticas, lo que intentará ser utilizado durante el reinado de Teodosio por parte de San Ambrosio para excluir a la justicia civil en cualquier tema eclesiástico (Ambr. *Ep.* XXI). Que esto no era así y lo difícil que resultaba en ocasiones distinguir entre lo que era tema eclesiástico y tema civil lo pone de relieve una ley dirigida al papa Dámaso por la que prohibía a los clérigos visitar en sus casas a vírgenes y viudas para conseguir sus dotes (C.T. XVI, 2, 20). Una disposición que comentará San Jerónimo con cruda



Daniel con los leones.
Roma (siglo IV).
Cementerio de los Giordano.

sinceridad, lamentando que haya sido necesaria su promulgación: "Vergüenza me da decirlo: los sacerdotes de los ídolos, los truhanes y los cocheros y hasta las mujeres públicas pueden recibir herencias. Sólo a los clérigos y monjes les está vedado por la ley, y ley dada no por los perseguidores, sino por emperadores cristianos. No me quejo de la ley: lo que me duele es que hayamos merecido pareja ley" (*Epist.* 52, 6). Si San Jerónimo juzga la ley en su vertiente religiosa, para Valentiniano se trató seguramente sólo de una medida fiscal tendente a limitar el rápido crecimiento del patrimonio de los clérigos con las consiguientes exenciones fiscales anejas. Por razones similares trató de poner freno a los abusos a que había dado lugar la legislación de Constantino y Constancio a favor del clero: su legislación recuerda la obligación que tienen los comerciantes cristianos de pagar el impuesto del "crisárgiro" igual que los demás, y la prohibición para los miembros de las corporaciones de panaderos de entrar en el clero así como para los curiales si no dejan sus bienes a la curia o a alguien que les reemplace. (*C.T.* XIII, 1, 5; XIV, 3, 11; XII, 1, 59).

Los intentos de recuperación del paganismo iniciados con Juliano pudieron proseguir gracias a esta política de tolerancia e hicieron posible lo que se ha denominado "renacimiento de la cultura pagana", con tan eximios representantes como Símmaco y Pretextato, que no será frenado hasta los reinados de Greciano y Teodosio.

4. La Iglesia occidental en época de Valentiniano

Si el reinado de Valentiniano coincidió con el renacimiento literario del paganismo, también la cultura cristiana experimenta en estos años,.tanto en Occidente como en Oriente, una explosión de pensadores y hombres de acción en todos los campos, con lo que se inicia la llamada "edad de oro de la Patrística cristiana" y hacen posible la consolidación del pensamiento cristiano y de la Iglesia en todas las esferas de la vida.

En Occidente el hecho más significativo en estos años fue seguramente la superación definitiva de la gran querella doctrinal entre nicenos y arrianos en beneficio de los primeros. Los grandes esfuerzos de algunos pensadores como Hilario de Poitiers dieron su resultado. Sólo en Milán con el obispo Auxencio y en algunas sedes de menor importancia del Ilírico pervivirán por algún tiempo obispos arrianos. Sin duda alguna no debió ser ajena a la superación de esta querella doctrinal la actitud imparcial del emperador que se puso de manifiesto cuando el 364 Hilario de Poitiers se presentó en Milán para forzar al emperador a expulsar a Auxencio y Valentiniano le despidió sin contemplaciones. Esta postura contrasta con la decididamente pro-arriana puesta en práctica por Valente en Oriente y que provocó que durante varios años se prolongasen y se recrudeciesen los enfrentamientos en esta parte del Imperio.

Junto al teólogo Hilario de Poitiers, otros tres personajes, más hombres de acción que pensadores, dominan la historia de la Iglesia occidental durante estos años: el papa Dámaso, San Ambrosio de Milán y San Martín de Tours.

Dámaso, de posible origen hispano, fue una de las personas más cultas de su época y que supo mantener estrechas relaciones con los intelectuales paganos de su tiempo. Por otro lado, durante su papado se afianzó definitivamente en Occidente el credo niceno y el obispado de Roma dio los primeros pasos hacia el reconocimiento de una supremacía sobre las otras Iglesias que terminará por afianzarse en Occidente en el siglo siguiente. A ello no fue ajena su fuerte personalidad aunque encontró un serio rival en Ambrosio de Milán. Sin embargo, los inicios de su papado se significaron por sangrientos enfrentamientos por el control

de la Iglesia de Roma que marcaron todo su mandato y que vinieron a reemplazar las luchas entre nicenos y arrianos. A la muerte del obispo Tiberio en septiembre del 366 una parte del clero romano eligió como sucesor a Dámaso al tiempo que otra parte elegía a Ursino. Dámaso y sus partidarios sitiaron la basílica de Santa María en Trastevere donde se habían refugiado los partidarios de Ursino y la asaltaron; poco después se refugiaron en Santa María la Mayor y Dámaso volvió a repetir el asalto. Los muertos por estos incidentes fueron muy numerosos: 137 según Amiano Marcelino, 160 según la "Colección Avellana", una fuente cristiana pro-Ursino. Para restablecer el orden tuvo que intervenir el prefecto de la ciudad Pretextato que terminó por inclinar la balanza a favor de Dámaso. Pero los conflictos no terminaron hasta la prefectura de Olibrio el 368 con el destierro de Ursino y sus seguidores.

San Ambrosio de Milán procedía de una noble familia romana, hijo del prefecto del pretorio de las Galias, y llevó a cabo una brillante carrera política. Cuando el 373 murió el obispo arriano de Milán, Auxencio, él era gobernador de Emilia-Liguria, cuya capital era Milán. A pesar de no estar siquiera bautizado fue aclamado por el clero y el pueblo como obispo, hecho que aceptó previa consulta con el emperador. Su formación anterior y las circunstancias de su elección determinaron que su cultura cristiana fuera escasa, lo que trató de suplir en su predicación entrando a saco en obras de autores griegos traducidos al latín, especialmente San Basilio de Cesarea. Pese a todo se mostró como uno de los líderes de la Iglesia de su época, que supo poner freno a las ambiciones de Dámaso y tendrá, como veremos, una influencia decisiva en los emperadores que sucedieron a Valentiniano.

El tercer personaje que domina la vida de la Iglesia de Occidente en estos años fue uno de los santos más populares que ha dado la Iglesia. Después de abandonar el ejército, tras el famoso gesto, posiblemente legendario, de dividir su túnica en dos partes para vestir a un pobre, se entregó a la vida eremítica, se instruyó teológicamente junto a San Hilario de Poitiers y el 372 fue nombrado obispo de Tours debido a la fama alcanzada con sus milagros. Desde su sede episcopal llevó a cabo una intensa actividad en la cristianización de las poblaciones campesinas de las que la Iglesia se había desentendido casi totalmente hasta entonces y fue el gran impulsor de la vida cenobítica en Occidente. La influencia de su obra y de su figura en la Europa medieval será enorme.

En África, la política de Juliano, anulando todas las medidas anteriores contra los donatistas, había logrado que se recrudecieran las tensiones entre donatistas y católicos. El cisma donatista llevaba consigo un trasfondo social que todos los emperadores habían considerado peligroso para el mantenimiento del orden romano, lo que explica que Valentiniano hiciera una excepción con los donatistas en su línea de imparcialidad religiosa, iniciando el 373 una serie de medidas en apoyo de la Iglesia ortodoxa cuando los donatistas apoyaron a Firmo en su revuelta contra Roma a la que pondrá fin la intervención militar de Teodosio el Mayor.

5. La política militar de Valentiniano I: la defensa del Rin

Ya señalamos al comienzo que el reinado de Valentiniano se caracterizó por una intensa y acertada actividad militar que los mismos historiadores antiguos que tan infausto recuerdo han dejado de él en otros aspectos se vieron obligados a reconocer. La situación no era fácil. Las fronteras del Imperio hacían aguas por todas partes y tuvo que multiplicarse para atender todos los frentes después de dejar en manos de Valente



Espejo céltico de Desborough
Inglaterra (siglo I d. C.). Museo Británico.

el Oriente. Supo recoger, al propio tiempo, a hombres eficaces como colaboradores y fue esta una época de grandes estrategias militares, entre los que sobresalió Teodosio el'Mayor. La acción militar se centró en dos grandes áreas: las disposiciones legales y administrativas para aumentar el número de soldados y el nivel del ejército y la eficacia del *limes* defensivo y las guerras y acciones militares.

Uno de los problemas crónicos del ejército romano bajo-imperial fue la incapacidad de encontrar un ejército

adecuado a las enormes exigencias de la política defensiva de la época. El abandono del viejo principio de que el ejército estuviera compuesto por voluntarios, ciudadanos que eran conscientes de que defendían algo propio, dejó la defensa en manos de profesionales reclutados entre bárbaros y habitantes del Imperio escasamente romanizados que consideraban a éste las más de las veces como algo ajeno. Por otra parte, los movimientos de pueblos al otro lado de las fronteras lanzaban continuas oleadas de gentes que presionaban en todos los puntos en busca de tierras donde establecerse. La imposibilidad de hacer frente a esta situación con los medios técnicos y humanos disponibles era evidente para muchas mentas de la época como es el caso del autor anónimo del tratado titulado *de rebus bellicis* que sugiere la invención de una serie de armas nuevas con una concepción más bien utópica y arbitraria pero que demuestra cómo los problemas defensivos eran una preocupación obsesiva.

Valentiniano trató de hacer frente a la situación en el marco del sistema que le venía dado esforzándose por elevar el nivel de los medios técnicos y el número de los efectivos. La escasez de efectivos era preocupante y el emperador trató de paliarla con medidas tan curiosas como rebajar de 1'69 a 1'62 la talla mínima exigida a los reclutas y poner freno al relajamiento de los soldados obligando a ingresar como soldados a los criados que éstos llevaban consigo o la imposición de duras penas para poner fin a la costumbre de automutilarse para librarse del servicio (*C.T. VII, 3, 3; 1, 10; 13, 4). Al mismo objetivo obedecen otras disposiciones que acrecienten los privilegios de tipo jurídico y económico a los veteranos.*

Hay que ser escépticos respecto al éxito de medidas tan circunstanciales como éstas que no afectaban a los problemas de fondo. Mayor éxito parece que tuvo la política tendente al reforzamiento del sistema defensivo que un crítico tan duro como Amiano Marcelino califica como de "celo ensalzable aunque excesivo" (XXIX, 6, 2) porque provocó la reacción de los pueblos del otro lado de la frontera. El sistema consitió en la creación de una serie de poderosas líneas defensivas a base de campamentos, castillos y torres fortificadas al tiempo que se reforzaron las defensas de las ciudades fronterizas y otras fueron trasladadas a lugares más apropiados. De este modo, durante su corto reinado se reestructuró prácticamente todo el limes romano y danubiano que la arqueología moderna ha ido descubriendo y reconstruyendo.

Pese a todas estas medidas, la actividad militar ininterrumpida fue una constante de su reinado. Si, como algunos historiadores antiguos sugieren, Valentiniano tuvo en mente al comienzo de su reinado volver a hacer de Roma la capital del Imperio, las exigencias militares hicieron inviable este deseo. El emperador se vio obligado durante los doce años de su reinado a vivir cerca de las fronteras donde la acción militar le tuvo absorbido. El primer año de su reinado lo pasó en Milán, después se trasladó al norte de la Galia (París, Reims, Amiens) y el 367 fijó su residencia durante siete años en Tréveris, que no abandonará sino para trasladarse a Panonia el 374, donde encontrará la muerte. Evidentemente estos emplazamientos de la corte estuvieron en relación con las diversas acciones militares que reclamaron su presencia.

Juliano había logrado mantener a raya a los alamanes que ocupaban el sur de Germania y en los últimos años se habían manifestado como el pueblo germano más inquieto y belicoso. Pero a comienzos del reinado de Valentiniano éstos se sublevaron y los principales generales romanos Severiano y Carieto perecieron en los combates. Estos hechos obligaron a Valentiniano a trasladarse al norte de la Galia para dirigir las operaciones y le impidieron

actuar en Oriente para defender a Valente de la usurpación de Procopio. Desde París siguió de cerca el desarrollo de las operaciones comandadas primero por Dagalaifo, general de origen germano, y por el galo Jovino después. Este último logró importantes victorias sobre ellos el 366 y fue recompensado con el consulado el 367 al igual que lo había sido Dagalaifo el año anterior. En el verano del 367 Valentiniano cayó gravemente enfermo hasta el punto de que algunos jefes del ejército iniciaron movimientos para su sucesión. Una vez restablecido, intentó cortarlos de raíz proclamando Augusto a su hijo Graciano, que sólo tenía nueve años de edad. Seguidamente fijó su residencia en Tréveris y movilizó todas sus tropas del Rin y del Ilírico para acabar con los alamanes que, pese a las derrotas anteriores, habían cruzado la frontera a la altura de Maguncia. El propio emperador se puso al frente de las tropas que en el verano del 368 penetraron en el territorio enemigo a través de la Selva Negra e inflingieron una durísima derrota a los alamanes. Las victorias militares fueron seguidas de importantes trabajos de fortificación y consolidación de la frontera renana pero todas estas medidas no lograron acabar con el aguerrido pueblo germano. Las guerras continuarán en los años siguientes con el rey Macriano al frente de los alamanes. Cuando el 374 Valentiniano tuvo que trasladarse a la frontera panonia se vio obligado a firmar un pacto con Macriano que le ponía en pie de igualdad con el emperador romano.

6. Teodosio el Mayor y la defensa de Britania y de África

Otro frente en donde las defensas romanas se veían impotentes para contener las incursiones frecuentes de pueblos exteriores lo constituía Britania y las costas del norte de la Galia hasta las bocas del Rin. Aquí los piratas sajones, con su gran movilidad y aprovechándose de las condiciones favorables del lugar, se movían con toda facilidad por las marismas de los Países Bajos y las costas del canal de la Mancha. En Britania, los Pictos y Scotos habían atravesando el muro de Adriano y extendían sus correrías por toda la isla, que estaba a punto de perderse para el Imperio.

Valentiniano, que quería centrar su atención personal en la frontera renana, confió las operaciones de este frente a Teodosio, padre del futuro emperador Teodosio, a quien se suele dar el calificativo de "el Mayor" para distinguirlo de su hijo. Teodosio procedía de una familia hispana de la zona de la Meseta superior que en esta época estaba englobada en la provincia "Galaecia". Su carrera militar hasta el momento en que Valentiniano lo eligió para esta difícil misión es escasamente conocida pero sus rápidos éxitos le convirtieron en el más importante jefe militar de la época. Teodosio, tras acabar rápidamente con los piratas sajones de la costa, desembarcó en Britania con un ejército selecto, tomó rápidamente *Londinum* (Londres), a la que convirtió en la nueva capital de la isla, y continuó con una serie de operaciones a lo largo de toda la isla que quedó rápidamente liberada de las correrías de los pueblos escoceses. Restauró el muro de Adriano, reorganizó la administración de la isla y creó una flota permanente. El 369 pudo volver de nuevo a Tréveris con la más alta dignidad militar, jefe de la caballería o *magister equitum*. Poco después combatió contra los alamanes en Retia, seguidamente aparece en el frente danuabiano en Sirmium y en el 372 participó en las campañas de Valentiniano contra Macriano. Después Valentiniano le confió la misión más delicada: la represión de las revueltas de África.

Las provincias del norte de África conservaban en estos años una riqueza y pujanzas económicas sorprendentes. La crisis del siglo III parece que las

había afectado en muy escasa medida y las numerosas ciudades mantenían una vitalidad propia de los mejores años del siglo II en otras zonas del Imperio. Sin embargo, se registraban en estos años una serie de tensiones sociales internas que acabaron en una auténtica rebelión militar con profundo trasfondo social y político. La historiografía antigua y moderna ha resaltado como causa principal los abusos y la corrupción de la administración romana. Principales responsables habían sido el vicario Draconio y el *comes Africae*, Romano. Pero estos abusos se producían en un ambiente ya propicio para la revuelta. Las tensiones religiosas con trasfondo social entre ortodoxos y donatistas y el protagonismo de ciertos pueblos indígenas sólo parcialmente asimilados por el poder romano debieron ser factores decisivos.

Semblanza de Valentiniano I por Amiano Marcelino

Resulta oportuno que pase ahora a hablar de aquellos de sus actos que son dignos de aprobación y alabanza por quienes tienen buenos sentimientos. Si todas sus acciones se hubiesen amoldado a esta manera de ser, se le podría comparar con Trajano o Marco Aurelio.

Respecto a los provinciales mostró gran moderación aligerando en todas partes el peso de los tributos. Construyó en su momento oportuno plazas fuertes y líneas defensivas. Mantuvo de modo excelente la disciplina militar con el único defecto de que castigaba las más mínimas faltas de los simples soldados, mientras daba rienda suelta a los delitos de los jefes sin hacer caso, a veces, de las quejas que se formulaban contra ellos. Esta fue la causa de los disturbios de Britania, de las guerras de África y de las devastaciones del Ilírico.

Mantuvo una perfecta observancia de la castidad, tanto en casa como fuera de ella, lo que le mantuvo a resguardo de cualquier tipo de pensamiento obsceno o de incesto. Por este motivo, puso un freno a los abusos de la corte y lo pudo mantener sin dificultad. Gracias a esta virtud pudo vivir sin hacer concesiones a sus parientes, a los que no concedió grandes honores a excepción de su hermano, a quien asoció al poder llevado por la fuerza de las circunstancias.

Fue tan escrupuloso en la concesión de altos cargos que durante su reinado ningún cambista accedió a gobernador de provincia y no se vendió ningún cargo público salvo al comienzo del reinado, pues es propio de estas circunstancias que se cometan ciertos delitos por la poca atención que se puede apreciar a estas cosas.

En las guerras defensivas y ofensivas puso de manifiesto habilidad y prudencia, endurecido como estaba por el hervor del polvo de Marte, y demostró un gran acierto para aconsejar o desaconsejar el bien o el mal y para observar las normas militares. Escribía con elegancia, pintaba y esculpía con habilidad y fue inventor de nuevas armas. Estaba dotado de buena memoria y su lenguaje era vivaz aunque no llegaba a ser elocuente. Apreciaba el refinamiento y en los banquetes prefería la calidad a la cantidad.

Finalmente, el hecho que proporcionó más gloria a su reinado fue el término medio que supo mantener entre las diversas religiones pues nunca nadie se vio inquietado ni forzado a que observase este o aquel culto. Nunca obligó con edictos amenazantes a que los súbditos se sometiesen al yugo de sus propias creencias y dejó este tema intacto, tal como lo había encontrado.

Su cuerpo musculoso y vigoroso, su cabellera brillante, sus ojos con una mirada siempre viva y severa, su noble estatura con una armónica complexión de todos sus miembros completaban la imagen de su porte regio.

Am. Marcel. XXX, 9. (Trad.: R. Teja).

La revuelta estalló con motivo del enfrentamiento del *comes* Romano con una poderosa familia de jefes tribales indígenas de Mauritania. El 372 Firmo asesinó a su hermano Zarmac, a quien apoyaba Romano. Éste trató de vengarse sin dar a Firmo una opción de defensa. Los hermanos se dividieron en dos bandos que provocaron una verdadera guerra civil. Firmo se alió con los donatistas y se atrajo a algunas fuerzas auxiliares del ejército romano y a tribus moras del otro lado de la frontera. Se apoderó prácticamente de toda Mauritania, tomó "Icosium" (Argel) y sitió la capital "Caesarea" (Cherchel).

Ante la incapacidad de las autoridades regulares, Valentiniano enconmandó a Teodosio la difícil misión de pacificar África. El 373 se embarcó en el sur de la Galia con tropas de elite y comenzó una difícil tarea en que combinó hábilmente las medidas militares y diplomáticas. Tras una serie de batallas a lo largo de Numidia y Mauritania y en las que la colaboración de Romano, que actuaba paralelamente, resultó sospechosa, fue restaurado el dominio romano en toda la región. El 375 Firmo, viéndose perdido, se suicida. Teodosio culmina su tarea de pacificación y se traslada a Cartago donde a comienzos del 376 es decapitado por orden de Graciano que había reemplazado a su padre, muerto el año anterior. Los historiadores modernos no han logrado ponerse de acuerdo sobre las intrigas que llevaron el joven Graciano a dictar esta orden que acabó con el mejor militar de la época.

7. La defensa del danubio y la muerte de Valentiniano

Ya hemos señalado que Valentiniano tuvo la suerte o el mérito de contar con grandes jefes militares, la mayoría de origen bárbaro, que fueron fieles colaboradores de su política militar. La defensa del frente danubiano estuvo confiada al panonio Equicio, que había jugado un papel decisivo en la represión de la revuelta de Procopio contra Valente y había sido recompensado con el título de jefe de la infantería (*magister militum),* el más alto grado militar junto al de jefe de la caballería *(magister equitum),* que recayó en Teodosio. Equicio fue el responsable de las grandes obras defensivas llevadas a cabo en el frente ilírico durante estos años. Aquí el principal peligro exterior estaba representado por los Cuados que amenazaron con sublevarse cuando Equicio inició la construcción de defensas también en la orilla izquierda del Danubio. Llevado de su tacto político, puso de momento fin a estas obras defensivas, lo que aprovechó el prefecto del pretorio Maximino para acusarle de traición, con lo que logró que fuera reemplazado por su propio hijo, Marcelino. Éste, una vez al frente del ejército, cometió el error de asesinar a traición al rey de los Cuados, Gabinio, lo que provocó un terrible levantamiento de éstos que cruzaron las fronteras el 374 aliados con los sármatas, aprovechando la circunstancia de que las mejores tropas de la zona se las había llevado consigo Teodosio para reprimir la rebelión africana. Los bárbaros arrasaron Panonia y sólo las ciudades mejor fortificadas pudieron ser defendidas.

Valentiniano reemplazó a Marcelino por Frigiderio y el 375 se dirigió a Panonia para dirigir personalmente las operaciones al frente de las mejores tropas del ejército del Rin. Los sármatas se sometieron fácilmente. Poco después se presentó ante el emperador una delegación de Cuados acompañada por Equicio y durante la entrevista el emperador fue víctima de un ataque de cólera que le provocó la muerte en noviembre del 375. De este modo tan poco glorioso terminó la vida de uno de los emperadores romanos que mejor comprendieron y supo adaptarse a la política que el momento requería.

III. De Valente a Teodosio

1. La obra de gobierno de Valente

Valente, elegido por su hermano Valentiniano para que desarrollase en la parte oriental del Imperio la obra política que había diseñado desde los inicios del reinado, no supo estar a la altura de la misión que se le había confiado. Aunque al igual que Valentiniano tuvo una pésima prensa entre los historiadores antiguos y casi todas las fuentes que nos han llegado le son adversas, todo parece indicar que no estaba dotado de la personalidad ni de los dotes de mando de su hermano. Además, parece que en una medida aún superior a éste se dejó influenciar por los altos mandos de la administración y la corte que, como en el caso de Occidente, se distinguieron por su brutalidad y arbitrariedad. Posiblemente los múltiples problemas con rebeliones internas y guerras exteriores que tuvo que afrontar al comienzo de su reinado condicionaron su carácter y el tono de su gobierno arbitrario y despótico. En materia religiosa, la parte oriental del Imperio vivía en estos años el mayor exacerbamiento de las disputas entre nicenos y arrianos y Valente, lejos de mantener la imparcialidad de su hermano, se inclinó decididamente por uno de los bandos. Si a todo esto se añade que su reinado estuvo caracterizado también por la inseguridad militar permanente provocada por los continuos ataques de persas y bárbaros que acabarán con la mayor invasión conocida en la historia del Imperio y la muerte del propio emperador, se comprenderá fácilmente que la acumulación de circunstancias adversas ha dejado pocos resquicios para valorar los aspectos positivos que su acción de gobierno pudo ofrecer.

a) La insurrección de Procopio

Los inicios del reinado de Valente estuvieron protagonizados por una insurrección interna que estuvo a punto de triunfar y que debió marcar negativamente muchos aspectos de su personalidad y su obra. El protagonista fue Procopio, quien provocó un intento de usurpación del poder imperial que logró imponerse por algun tiempo. La extraña personalidad del protagonista y la multiplicidad de intereses políticos, religiosos y sociales que se aglutinaron en torno a él, así como la diversidad de versiones de su rebelión en las fuentes antiguas, especialmente Zósimo, favorable, y Amiano, hostil, han dado lugar a un amplio tratamiento del hecho en la historiografía moderna, el último de los cuales es un

exhaustivo estudio de P. Grattavola (1986).

Procopio era originario de Coryco en Cilicia y estaba emparentado con Juliano y, por tanto, con la familia de Constantino. Llevó a cabo una oscura carrera eminentemente administrativa en las oficinas imperiales hasta que Juliano le nombró tribuno de los notarios. Parece que el propio Juliano había pensado en él como su sucesor. Cuando fue elegido Joviano se retiró a sus propiedades en Capadocia para evitar sospechas pero después, a comienzos del reinado de Valente, sintiéndose inseguro, hyyó a Crimea. Desde allí, por razones desconocidas, se dirigió a Constantinopla donde al poco tiempo decidió proclamarse emperador. Logró sobornar a las tropas que cruzaban de Asia a Europa para hacer frente a las invasiones godas, detuvo al prefecto del pretorio y al prefecto de Constatinopla y se presentó ante el pueblo en septiembre del 365. Por sus condiciones físicas y su carácter era la persona menos apropiada para atraersse el entusiasmo del ejército o del pueblo. Pero, como ha señalado A. Piganiol (1972), concurrieron en su persona una serie de circunstancias que le proporcionaron apoyos muy heterogéneos: el pueblo de Constantinopla que reverenciaba aún la memoria de Constantino, intelectuales y funcionarios orientales que despreciaban a los emperadores panonios, soldados galos fieles al reinado de Juliano, intelectuales paganos que deseaban la continuidad de la política religiosa de Juliano. Cabe señalar por último que contó también con la adhesión de la viuda de Constancio, Eusebia. En definitiva, pese a lo heterogéneo de sus apoyos, Procopio vino a representar la continuidad de la dinastía constantiniana y la oposición a los emperadores panonios frente a aquellos elementos que habían optado por la elección de Valentiniano como una ruptura con Juliano y en busca de una política de pacto y de consenso.

Como muestra de que contaba con el apoyo de los elementos galos del ejército nombró a dos de sus jefes para los altos puestos de *magister officiorum* y de prefecto de Constantinopla. Consolidado su poder en la capital, ocupó Tracia pero vio cortado su avance hacia Occidente por Equicio. Volvió entonces a Asia e infligió una severa derrota a Valente al otro lado del Bósforo, en Calcedonia. Valentiniano vio la causa de su hermano pérdida, pero los problemas militares del Danubio y del Rin le impidieron enviarle ayuda. Procopio se sintió ya seguro en el poder y no se apresuró a acabar con Valente, quien tuvo tiempo para rehacerse y contraatacar. Tras una primera victoria de sus tropas en Lidia, mandadas por Arbetio, Valente atacó de nuevo en Frigia a las fuerzas de Procopio, cuyo jefe Agilo le traicionó y Procopio fue muerto en mayo del 367. La rebelión fue continuada por Marcelino, pariente de Procopio, apoyado en un ejército de 3.000 godos que habían acudido en su ayuda, pero fue derrotado por Equicio. Tras la victoria, Valente inició una dura represión con muertes y confiscaciones de las que fueron víctimas amigos y seguidores supuestos o reales de Juliano. Este afán represivo marcará en gran medida la tónica de su reinado.

b) Guerras contra los godos y los persas

Los godos, establecidos desde hacía tiempo en las fronteras del bajo Danubio, formaban un conglomerado de pueblos y tribus ansiosas de encontrar unos asentamientos y medios de vida compatibles con los intereses romanos. A las divisiones étnicas entre ellos se unían las divisiones religiosas derivadas de la adopción del arrianismo por una parte de ellos y todos sufrían a sus espaldas las presiones de los hunos que, procedentes de las estepas asiáticas, habían ocupado las llanuras del sudoeste de Rusia y empuja-

ban delante de sí a los alanos que formaban en estos momentos una barrera entre godos y hunos. El 332 Constantino había infligido a los godos una durísima derrota tras la cual habían concluido un pacto por el que se les había concedido la condición de federados y se habían comprometido a proteger la frontera y proporcionar contingentes militares a cambio de provisiones de alimentos por parte de Roma.

Fue en base a estos pactos que enviaron el contingente militar de ayuda a Procopio. En realidad, ya a la muerte de Juliano, último representante de la dinastía constantiniana, y presionados por sus malas condiciones de vida, se habían considerado liberados del pacto anterior y habían iniciado una serie de incursiones por Tracia. Valente, una vez reprimida la rebelión de Procopio, pasó a Tracia, el 367 para hacer frente a las incursiones. Montó su cuartel general en Marcianópolis, donde permanecerá hasta el 370, y comenzó una serie de operaciones que le llevaron a cruzar el Danubio e internarse en la Dobrudja donde llevó a cabo verdaderas masacres. El 369 el rey godo Atanarico pidió la paz y, tras una entrevista con Valente, se fijaron las condiciones. Los romanos dejaron de proporcionar ayuda económica a los godos y se fijó una frontera cerrada a través de la cual sólo en dos puntos podían establecerse relaciones comerciales entre ambos pueblos. Después Valente se dedicó a reforzar el *limes*. La victoria fue, en realidad, precaria. Valente sólo trató con una parte de los godos occidentales (visigodos), mientras, más al este, otros grupos (ostrogodos) se aglutinaban formando un estado poderoso que pronto irrumpiría en el Imperio.

Solucionando momentáneamente el problema godo, Valente se trasladó a Oriente para hacer frente al no menos grave problema persa estableciendo su residencia en Antioquía, que no abandonará hasta el 377. Aprovechando las circunstancias, el rey persa Sapor II había ocupado Armenia y Georgia (Iberia). Eran estas regiones objeto de permanente conflicto entre ambas potencias ya que ambas las habían considerado siempre como su "hinterland" para proteger la propia seguridad y habían por ello procurado tener al frente príncipes vasallos leales. Después de capturar y asesinar Sapor II al rey de Armenia, Arsaces III, y de expulsar al príncipe de Iberia, Sauronax, Valente, establecido ya en Antioquía, envió a Terencio con un gran ejército de doce legiones, apoyado por Trajano y Vadomar, un general de origen alamán que ha había servido con Juliano. En Armenia instalaron como rey a Pap pero éste no se mostró útil a los planes romanos y fue pronto sustituido por Warasdat. Todos estos acontecimientos crearon una situación de tensión y guerra no declarada con los persas que no estalló en conflicto abierto porque los persas se veían amenazados también en las zonas del Caspio por la presión de los hunos, pero obligaron a Roma a una intensa actividad militar y diplomática en esta siempre conflictiva frontera. Cuando al final de su reinado Valente tenga que desplazar los efectivos militares al frente danubiano, los persas aprovecharán la situación.

c) La política interior de Valente

La división del Imperio decidida por Valentiniano permitía de hecho una total libertad de acción e independencia a cada uno de los emperadores. Sin embargo, ambos hermanos parece que intentaron coordinar su legislación en los grandes temas y de hecho ésta parece que tuvo aplicación en ambas partes del Imperio. Por ello resulta difícil distinguir la actividad legislativa mucho más intensa de Valentiniano de la de su hermano. Con todo, los textos dejan traslucir una misma preocupación y atención por las reformas internas y por la mejora de la situación de las grandes masas de la población. Al igual que en Occidente, todas las fuen-

tes contemporáneas insisten sobre las difíciles condiciones de vida de la mayoría de la población y sobre la presión fiscal que resultaba insoportable. A pesar de que el sistema exigía cada vez más recursos para hacer frente a los gastos del ejército y de la administración, el rétor Temistio constata que los primeros años del reinado supusieron un respiro para los contribuyentes. La población campesina recurría en masa al patrocinio de los poderosos y Valente parece que intentó frenarlo con duras penas tanto para los que lo conceden como para quienes lo solicitan (*C.T. XI, 24, 2)*. Pero el desarrollo del patrocinio y el colonato era un proceso imparable que beneficiaba a los poderosos y al Estado asegurando el control de los campesinos y, en contradicción con las disposiciones anteriores, Valente dicta otras medidas atando a los campesinos a la tierra que trabajan y convirtiendo a los grandes propietarios en intermediarios ante el fisco *(C.T.* V, 19, 1; XI, 1, 14). Los objetivos de la administración no se alcanzarán porque a los grandes propietarios les sobraban recursos para eludir sus obligaciones fiscales y además la situación de muchos campesinos se iba degradando progresivamente. Temistio lo constata con realismo: "muchos nobles (*eupatridas)*, consulares desde hace tres generaciones, han hecho desear a las personas que de ellos dependen la llegada de los bárbaros" (*Orat.* VIII, 115). Es la misma consideración que hará en el siglo siguiente Salviano de Marsella para Occidente cuando la llegada de los bárbaros ya es un hecho consumado. Las consecuencias del sistema implantado por Constantino eran irrefrenables: se iba produciendo un divorcio cada vez más profundo de las clases dirigentes económica y políticamente con el Estado que les protegía y a quien debían apoyar.

Al igual que su hermano al final de su reinado, también Valente se distinguió por sus brutales represiones contra aristócratas, intelectuales y en general contra aquellos elementos civiles a quienes las personas próximas a la Corte le hacían ver un peligro potencial para su mantenimiento del poder. Durante su reinado actuó sin freno un personaje todopoderoso a quien todas las fuentes de la época presentan con caracteres siniestros, Domicio Modesto. De origen árabe, había iniciado su ascenso político con Constancio y lo continuó bajo Juliano, aún a costa de ir cambiando de creencias religiosas según soplaban los aires de cada momento: cristiano con Constancio, pagano con Juliano y de nuevo cristiano arriano con Valente, lo que le permitió ser prefecto de Constantinopla con Juliano y de nuevo con Valente en el 369 y posteriormente prefecto de Oriente del 371 al 377. Su especialidad, con todo, parece que fueron las encuestas e indagaciones sobre prácticas de adivinación y magia tendentes real o supuestamente a conocer futuros emperadores. Había llevado ya a cabo este cometido de inquisidor con Constancio siendo *comes Orientis* en Scythopolis y en el 371 Constancio le confió un asunto similar en el que el principal encartado era el notario Teodosio. Intelectuales, filósofos o personajes que destacaban por su riqueza o por resultar políticamente molestos fueron víctimas de una brutal represión. Valente recompensó a Modesto con el consulado en el 372. La misma tarea represiva llevará a cabo contra los obispos nicenos como fiel ejecutor de la política arriana del emperador.

d) Política religiosa. La Iglesia oriental en la época de Valente

Valente rompió pronto con el principio de no injerencia en materia religiosa que se había marcado al comienzo del reinado y que Valentiniano siguió tan fielmente. Si los paganos no tuvieron mayores obstáculos, salvo en los temas relacionados con la magia o con ciertos sacrificios nocturnos, por el

contrario se esforzó por imponer por la fuerza a todos los cristianos su credo arriano.

Convertido en emperador teólogo como Constancio, adopta como suya la doctrina del arrianismo mitigado de los homeos (el hijo es semejante –*homoios*– al Padre) tanto frente a los extremistas anomeos (el hijo es totalmente diferente –*anomoios*– al Padre) como frente a los fieles seguidores de Nicea y a los homeusianos (defensores de la teoría de que el Hijo es semeajente por naturaleza –*homoiousios*– al Padre) que estaba alcanzando grandes consensos.

Valente cortó con este avance hacia el consenso doctrinal e intentó imponer por la fuerza sus creencias. El resultado fue que todas las Iglesias orientales se vieron sumidas en profundas querellas doctrinales que desembocaron en continuas luchas y enfrentamientos. Esta política la inició el 365 con un decreto por el que se ordenaba la expulsión de todos los obispos que habían sido exiliados por Constancio y habían retornado con Juliano (Socr. IV, 2; Sozom. VI, 7). Después se ensañó con los monjes, nicenos en su mayoría, ordenando incluso al *dux* de Egipto enrolarlos en el ejército, lo que provocó violentas reacciones por parte de éstos y de sus seguidores.

Fueron las sedes más importantes los lugares en los que la lucha religiosa alcanzó mayor violencia. En Alejandría, el edicto del 365 obligó a Atanasio, tras varios meses de resistencia, a exiliarse una vez más. Fue su quinto y último exilio. Al producirse el levantamiento de Procopio, Valente, para evitar males mayores, dictó una amnistía general que le permitió volver en enero del 365 y resistió hasta su muerte en el 373. Pero los disturbios siguieron tras su muerte. Antes de ésta Atanasio había consagrado para sucederle, de modo irregular, a su hermano Pedro, al tiempo que el obispo Euzoio de Antioquía hacía lo propio con el arriano Lucio. Este fue instalado por la fuerza y Pedro se exiló hasta la muerte de Valente. Más complicada aún era la situación de Antioquía. Frente al obispo arriano Euzoio los católicos continuaban divididos desde hacía tiempo en dos bandos que reconocían a Melecio y Paulino respectivamente y este cisma afectaba a casi todas las iglesias del Imperio pues unas reconocían a uno y otras a otro. Así Dámaso y Pedro de Alejandría apoyaban a Paulino mientras Basilio de Cesarea desplegaba todas sus influencias en favor de Melecio. Este fue víctima del decreto del 365 pero se benefició a su vez de la amnistía del 366, para volver de nuevo al exilio el 371. La situación se complicó aún más cuando hacia el 376-7 se instala como obispo de la ciudad Vidal, un seguidor de la herejía apolinarista, recientemente difundida, de Apolinar de Laodicea: Cristo es sólo hombre según el cuerpo, pero no según el espíritu, pues en él el Logos cumple las funciones que desempeña el espíritu en el resto de los hombres. De este modo Antioquía se convirtió en un labora-



La copa Licurgo (hacia el 400 d. C.)
Museo Británico.

torio donde confluían todas las luchas doctrinales de la época entrelazados con las intervenciones de los poderes políticos. Hasta comienzos del siglo v no se logrará la unidad en esta sede episcopal.

Mención especial merece la actividad durante estos años del grupo de obispos y pensadores capadocios, especialmente Basilio de Cesarea, Gregorio de Nacianzo y Gregorio de Nisa, hermano de Basilio. Fue Basilio quien desplegó una más varada actividad como hombre de Iglesia, político y pensador. Formado en la universidad de Atenas, se vio después atraído por el ascetismo y fundó comunidades monásticas a las que dotó de reglas que pervivirán en la Iglesia oriental hasta nuestros días. Ordenado obispo de Cesarea el 370 supo hacer frente, con gran entereza y apoyado en la gran popularidad entre sus fieles, a Valente y al prefecto Modesto, que no se atrevieron a desterrarlo y optaron por disminuir su influencia parcelando territorialmente su diócesis. A pesar de los obstáculos, desplegó una enorme actividad social, política y eclesiástica de la que son fiel testimonio sus cartas y con sus sermones y discursos teológicos dio un enorme avance hacia la búsqueda de fórmulas comunes que hicieron posible la liquidación del arrianismo poco después de su muerte en el 379.

Gregorio de Nacianzo, amigo y condiscípulo suyo, tuvo, por contra, un carácter débil e indeciso que le hizo fracasar como obispo, pero fue un gran pensador teológico y un exquisito poeta y prosista. Ordenado por Basilio obispo de la aldea de Sásima, en el marco de su estrategia para combatir a Valente y al arrianismo en la región, abandonó la sede y se retiró a su pueblo natal. Tras la muerte de Basilio, fue consagrado obispo de Constantinopla, que abandonará poco después a consecuencia de las intrigas desatadas con motivo del concilio ecuménico de Constantinopla del 381. Gregorio de Nisa fue seguramente el más agudo pensador de los tres; profundo conocedor de la filosofía griega, sus escritos teológicos supusieron la fusión definitiva del pensamiento griego y cristiano culminando la obra iniciada por Orígenes y por los pensadores alejandrinos del siglo III.

La actividad literaria y teológica de estos pensadores capadocios, que contribuyeron decisivamente a configurar esta época como la edad de oro de la patrística griega, supuso en el plano doctrinal la elaboración de fórmulas que hicieron posible en poco tiempo la liquidación del arrianismo y en el plano cultural la asunción por el pensamiento judeo-cristiano de la filosofía griega. Si el primer elemento hizo posible la unidad doctrinal que caracterizó al cristianismo hasta el movimiento protestante, el segundo dio origen a la formación de lo que llamamos “cultura occidental” que ha definido a una gran parte del mundo hasta nuestros días.

Valente no puso fin a su sectaria política religiosa hasta que, ante la eminencia del peligro godo en el Danubio y consciente de la necesidad de aunar todos los esfuerzos para hacerle frente, dictó a finales del 377 una amnistía general por la que se permitía retornar a todos los obispos exiliados. Este hecho, unido al de la labor doctrinal desarrollada por los capadocios y otros pensadores, así como el cambio de rumbo de su sucesor, Teodosio, tras su dramática muerte el 378, determinaron el surgimiento de una nueva época en la historia de la Iglesia y el cristianismo.

e) Las invasiones de los godos en Oriente y la muerte de Valente. El desastre de Adrianópolis

Las victorias de Valente sobre los visigodos en el 370 representaron sólo un respiro para el frente danubiano que permitió a Valente concentrar su atención en la frontera persa desde su sede de Antioquía. Hacia el 375 la situación se vio profundamente alterada. Los hu-

nos atacaron a los ostrogodos que comandaba el viejo rey Ermanarico, al que derrotaron y dieron muerte ocupando sus territorios. A su vez, los visigodos, divididos por sus querellas religiosas entre arrianos y ortodoxos, que el propio Valente había tratado de profundizar apoyando a uno de sus jefes, Frigiterno, frente a Atanarico, tuvieron que ceder también ante la presión de los hunos. De este modo, los visigodos y una parte de los ostrogodos que no aceptaron la dominación de los hunos se presentaron en masa ante la frontera romana solicitando ser acogidos como federados al tiempo que otros comenzaron a abrirse paso por la fuerza.

Tras largas negociaciones, a finales del 376 se les permitió el paso. Una vez cruzada la frontera, los romanos intentaron aniquilarles por sorpresa, lo que provocó una reacción violenta que les llevó a expandirse por Tracia y los Balcanes arrasando todo a su paso. Valente desplazó una parte de las guarniciones de Armenia que se unieron a los refuerzos del Ilírico enviados por Graciano al tiempo que nuevos contingentes godos cruzaban el Danubio. Las tropas romanas se veían impotentes para controlarlos y toda la Península balcánica y Grecia corrían peligro de verse arrasadas. Ante estas perspectivas, Valente abandonó Antioquía el 377 y se trasladó a Constantinopla para dirigir él mismo las operaciones. Graciano intentó dirigirse personalmente con nuevos refuerzos al frente pero se vio retenido por una rebelión de los alamanes. Los diversos jefes militares romanos disentían sobre la táctica a seguir y Valente estaba cada vez más nervioso con las noticias contradictorias que le llegaban sobre la actitud de Graciano. En estas circunstancias decidió dar la batalla frontal en las proximidades de Adrianópolis el 9 de agosto del 378. Los romanos fueron aniquilados totalmente y ni siquiera pudo ser encontrado el cuerpo de Valente. A continuación los godos intentaron sin éxito tomar Adrianópolis y Constantinopla, pero no pudieron forzar sus murallas por lo que se dedicaron a saquear sin obstáculo todo lo que encontraban a su paso.

La derrota de Adrianópolis produjo un enorme efecto en las mentalidades de la época. Muchos pensaban que el Imperio estaba a punto de desaparecer y todos tomaron conciencia de las debilidades del sistema defensivo y de la propia sociedad romana pues fueron muchos los elementos más oprimidos de la población romana que se pusieron del lado de los godos. Éstos, en un número aproximado de 200.000, ya no abandonarían nunca el territorio romano y el Imperio tuvo que aprender a convivir con ellos.

2. Graciano y Valentiniano II en Occidente. Los inicios del reinado de Teodosio

a) La personalidad de Graciano y la elección de Valentiniano II

Graciano, que había sido elevado al trono por su padre en el 367, cuando sólo contaba ocho años de edad, se vio al frente del Imperio de Occidente como único Augusto tras la muerte inesperada de éste el 375. Había recibido una esmerada educación a cargo del rétor Ausonio, con la que su padre quería seguramente suplir, en la persona de su hijo, sus propias deficiencias. Criado en la corte para ser emperador, su personalidad ha sido interpretada por los historiadores modernos en base a las fuentes antiguas y a sus acciones de gobierno como la típica de los príncipes herederos. De carácter débil, inconstante y muy influenciable por las personas de su entorno, a pesar de su buena voluntad, estaba por otra parte imbuido de una sincera fe y piedad cristianas. Su corto reinado, para el que se nos ha conservado una amplia documentación

en las fuentes, estuvo condicionado por los vaivenes de las distintas influencias de los altos funcionarios de la corte y del ejército y marcado por los abiertos enfrentamientos entre paganismo y cristianismo que culminarán con la liquidación del primero mientras que en el aspecto militar supuso un período de relativa tranquilidad en el que se recogieron los frutos de la gran labor defensiva desarrollada por su padre.

Al conocerse la muerte de Valentiniano, los jefes del ejército del Ilírico, Merobandes y Equicio, decidieron proclamar Augusto también a su hermano Valentiniano, el mayor de los hijos que Valentiniano I había tenido con su segunda esposa, Justina, que contaba con sólo cuatro años y se encontraba cerca de Sirmio en ese momento. La historiografía moderna no ha podido aclarar las intrigas que condujeron a esta proclamación. Posiblemente con ello estos hombres del Ilírico intentaron consolidar su posición frente a los jefes del ejército de la Galia y el Rin que ejercían su influencia sobre Graciano, que había fijado su residencia en Tréveris. De este modo Valentiniano II fue utilizado como una especie de rehén entre las diversas facciones del ejército y la administración. La realidad es que tanto Graciano como Valente aceptaron el hecho con resignación aunque nunca le reconocieran en un plano de igualdad y los historiadores modernos discuten sobre la naturaleza del poder de que dispuso, dividiéndose entre los que le consideran como un Augusto sin territorio y los que le atribuyen un poder sobre el Ilírico que habría quedado despejado de la Prefectura central. De hecho, siguió residiendo en Sirmio bajo la tutela de su madre y del *magister equitum* Marobandes.

b) Los primeros años del reinado de Graciano

Los primeros años de Graciano, mientras Valente gobernaba en Oriente, estuvieron marcados por una política de tolerancia religiosa, en la línea seguida por su padre y por el intento de acabar con el enfrentamiento con la aristocracia senatorial que había marcado los últimos años del reinado de Valentiniano I. Uno de los principales mentores de esta política debió ser Ausonio, hombre dotado de una fe cristiana superficial frente a la fe sincera de su pupilo, y que aprovechó su influencia para colocar a todos los miembros de su familia en los altos puestos de la administración. La reconciliación con el Senado se llevó a cabo pese a que Graciano decretó la apoteosis de su padre –último acto de este tipo que tuvo lugar en la Historia del Imperio– y a que a sus primeras disposiciones sobre los procedimientos penales a seguir en las acusaciones criminales contra los senadores causaron la decepción de éstos. Símmaco pronunció un duro discurso en el Senado contra la memoria de Valentiniano y parece que hubo todavía ejecuciones de senadores que debieron ser obra de Maximino y los otros altos cargos de los que no había sabido desembarazarse Valentiniano en sus últimos años. Esta situación terminó con la ejecución de Maximino en la primavera del 376, a la que siguió una visita oficial del emperador a Roma para celebrar sus decennales, que significó la reconciliación entre la institución imperial y la senatorial. Los nombramientos de Símmaco padre como cónsul y de Nicómaco Flaviano como vicario de África sirvieron para ratificar este acercamiento a la más alta nobleza senatorial. Pero este idilio se rompería pronto por los problemas religiosos. La influencia creciente sobre el joven emperador de personajes cristianos con gran personalidad y con concepciones religiosas intransigentes, como Dámaso de Roma y en especial Ambrosio de Milán, así como del recién nombrado emperador de Oriente, Teodosio, provocaron un giro total en la política religiosa de Graciano. A partir del 379 se entablará una lucha



Tumba de Aelia Arisuth,
en Gargaresh Tripolitania (siglo IV).

ideológica y política entre paganismo y cristianismo por un lado y poder político por otro que significará el final de una concepción de la política y la religión que había caracterizado al mundo antiguo y que inaugura el mundo medieval.

c) La elección de Teodosio

El 19 de enero del 379 Graciano proclamó Augusto en Sirmio a Teodosio y le confió el gobierno de la parte oriental del Imperio. Teodosio era hijo del *magister equitum* Teodosio, a quien el

propio Graciano había hecho asesinar dos años antes. Si el asesinato de su padre estuvo rodeado de oscuras intrigas palaciegas que las especulaciones de los estudiosos modernos no han podido desvelar, no son menos las especulaciones y conjeturas que ha dado lugar esta sorprendente elección. Posiblemente con ella Graciano intentó rehabilitar la memoria del gran militar, acallar su propia conciencia y, al propio tiempo, disponer de un colega que consideraba capacitado para compatir las riendas del poder en unos momentos que las dificultades de todo tipo se acumulaban en ambas partes del Imperio.

La ferviente adhesión de Teodosio al cristianismo niceno heredada de su padre, así como la influencia de los círculos de poder imperantes en la corte de Graciano formados por los aquitanos del círculo de Ausonio y los personajes hispanos relacionados con Teodosio el Mayor debieron ser otros factores que contribuyeron a su elección. Se ha especulado también con el posible influjo del papa Dámaso, si es cierto su origen hispano, quien a raíz de la visita de Graciano a Roma el 376 comenzó a ejercer una marcada influencia sobre el joven emperador en rivalidad con Ambrosio de Milán.

Teodosio había nacido en Cauca (actual Coca, en la provincia de Segovia) cincuenta años antes. Había desarrollado su carrera militar junto a su padre y después se había distinguido en la guerra contra los Sármacos como *dux de* Moesia. A raíz del asesinato de su padre se retiró a su tierra natal donde debió llevar la vida propia de los grandes terratenientes hispanos, que las excavaciones de las "villas" de la época nos están poniendo a descubierto, hasta que fue llmado por Graciano para compartir con él el poder imperial. El calificativo de "Grande" con que ha pasado a la historia le fue dado por la Iglesia en base a su política religiosa, pero resulta escasamente fundado por lo que respecta a otros aspectos de su política. A pesar de todo, Teodosio se mostró durante todo su reinado como un celoso emperador cumplidor de sus deberes, pese a las vacilaciones y vaivenes que refleja su acción de gobierno, producto quizá más que de su temperamento, como lo han querido interpretar algunos historiadores modernos, de las presiones contrapuestas y las profundas contradicciones a que estaba sometida la estructura social del Imperio tardío.

La elección de Teodosio como Augusto supuso una nueva división del Imperio que se llevó a cabo siguiendo los criterios que había establecido Valentiniano I. Graciano, al igual que había hecho Valentiniano, se reservó Occidente, mientras el Oriente era confiado a Teodosio. En cuanto a Valentiniano II, que, como vimos, no había sido reconocido por Graciano en pie de igualdad, parece que incluso se vio privado de la prefectura del Ilírico, que fue dividido en dos partes asignadas a cada uno de los Augustos. Valentiniano II trasladó su residencia a Milán, donde siguió viviendo bajo la tutela de su madre y de Merobandes. Graciano y Teodosio gobernaron de común acuerdo sin fricciones importantes y sobre todo llevaron a cabo una política religiosa común que culminará con la total integración de la Iglesia y el Estado y la proscripción del paganismo. Pese a ello, la diferente evolución militar, política, social y económica de ambas partes del Imperio se irá profundizando durante estos años y se plasmará en los destinos contrapuestos que cada parte seguirá tras la efímera reunificación que se producirá en los últimos años del reinado de Teodosio. En cualquier caso, resulta evidente que a partir de la elección de Teodosio, será este emperador quien lleve la primacía de la política imperial apareciendo Graciano casi como un comparsa. La mayor personalidad de Teodosio y el creciente predominio económico y peso político del Oriente respecto a Occidente, así como la mayor gravedad de los problemas militares de Oriente a raíz del desastre de Adrianópolis, son los factores más determinantes.

IV. El reinado conjunto de Graciano y Teodosio. La muerte de Graciano y la usurpación de Máximo (379-388)

1. El gobierno de Teodosio. La corte de Tesalónica y los problemas militares

La gravedad de la situación militar en Oriente tras la derrota de Valente en Adrianópolis fue sin duda, como vimos, el factor que apremió la decisión de Graciano de dotarse de un colega experto en temas militares. Fue por ello que inmediatamente después de su proclamación en Sirmio, Teodosio se trasladó a los Balcanes para hacer frente a la situación y eligió como residencia Tesalónica ya que, dada la presencia de godos por todos los territorios situados al sur del Danubio, reunía mejores condiciones estratégicas.

La principal tarea de Teodosio era reconstruir el ejército romano prácticamente deshecho y hacer frente a la presencia de los bárbaros en territorio del Imperio. El emperador recurrió a todos los medios posibles para controlar la situación: hizo traer soldados de todos los puntos del Imperio, intentó hacer nuevos reclutas y a tal efecto se ha conservado en el *Código Teodosiano* una amplia legislación que pone de manifiesto la ausencia total de sentimientos patrióticos entre la población, que eludía por todos los medios el reclutamiento o que trataba de hacer frente a las obligaciones entregando al ejército los hombres más incapacitados. Paralelamente Teodosio acertó a llevar a cabo una política de desunión de los godos agudizando sus divisiones religiosas entre arrianos, nicenos y paganos, y enrolando a grupos de ellos en el ejército en condición de federados que fueron trasladados a Oriente en permuta con tropas de aquellas regiones.

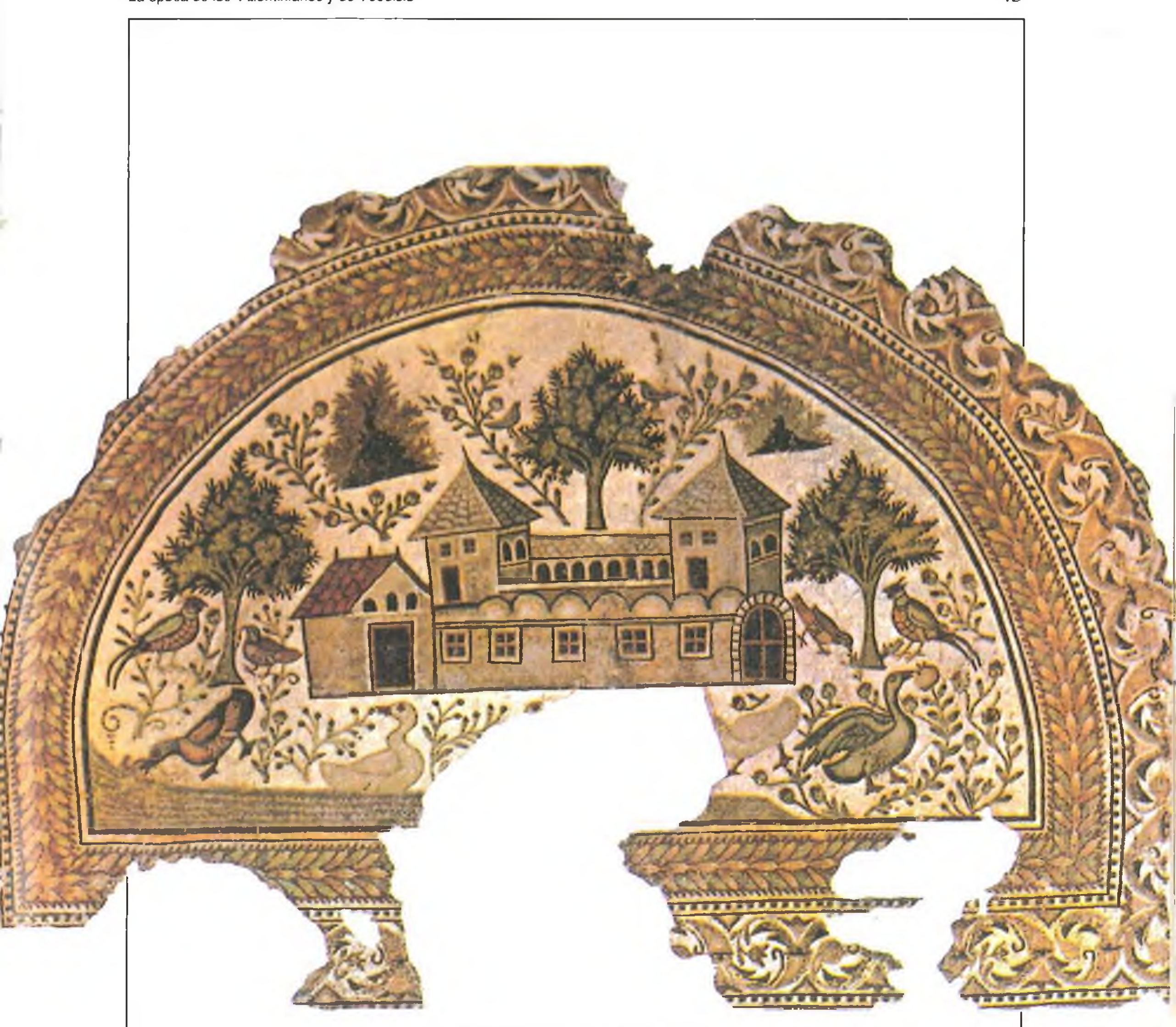
Este conjunto de medidas parece que logró mejorar la situación momentáneamente y los godos fueron siendo empujados al norte de los Balcanes. Pero a partir del 380 renovaron sus correrías por toda la Península. Las fuentes literarias describen con horror los sufrimientos de la población a manos de los bárbaros que arrasaban y destruían todo lo que encontraban. Teodosio se reúne con Graciano en Sirmio para tratar de tomar medidas conjuntas para hacer frente a la situación. Graciano envía a sus generales Arbogasto y Bauto para ayudar a Teodosio y éste abandona las diócesis orientales del Ilírico. A finales del año, la situación había mejorado y Teodosio se traslada de Tesalónica a Constantinopla donde fijará su residencia ya definitivamente. El 381 logra atraerse mediante hábiles

negociaciones a uno de los jefes godos, Atanarico, que es acogido en Constantinopla donde muere poco después y Teodosio le tributa pomposas hornas fúnebres. De este modo, los godos participan activamente en rechazar a los hunos y otros pueblos de la estepa y poco después, el 382, Teodorico firma un tratado de paz tras las negociaciones llevadas a cabo por medio de Saturnino, que había destacado como general a las órdenes de Valente. Por este tratado, se reconocía a los godos la posibilidad de instalarse en el Imperio en alianza con Roma, pero rigiéndose por su propio derecho. El Estado romano se obligaba a proporcionarles alimentos y ayuda económica y a cambio ellos aportaban hombres al ejército romano. Se inició así una política de instalación sistemática de bárbaros en el interior de las fronteras que tendría después graves consecuencias. Sin embargo, la población en general y los dirigentes políticos del momento vieron en ello la única vía de salvación tras los graves momentos sufridos y no se recataron en alabanzas a Teodosio y a Saturnino, que fue recompensado con el consulado. Un discurso del rétor Temistio pronunciado con motivo de la inaguración del consulado expresó con todos los alardes de la retórica del momento los méritos y ventajas de esta política (*Orat. XVI).*

2. La política religiosa de Teodosio. El edicto de Tesalónica y el concilio ecuménico de Constantinopla

El reinado de Teodosio supuso desde sus comienzos un giro total en la política religiosa seguida por los emperadores romanos a partir de Valentiniano. Al tiempo que Graciano mantenía una línea de neutralidad religiosa acorde con la política de su padre, Teodosio siguió desde el primer momento una beligerancia intransigente a favor de la ortodoxia nicena en contra de las restantes sectas cristianas y del paganismo. Entre la prolífica legislación que promulgó recién ascendido al poder sobre los más variados aspectos de la administración destacan una serie de medidas inspiradas por la moral cristiana, como son los obstáculos para las segundas nupcias de las viudas (*C.T.* III, 8, 1 y 2) y la obligación de contraer matrimonio derivada de los *sponsalia (C.T. I*II, 5, 11). Pero el giro decisivo se produjo por un edicto promulgado en Tesalónica el 28 de febrero del 380 por el que la autoridad imperial intentaba dejar zanjadas todas las controversias ideológicas entre los cristianos mediante una ley obligatoria para todos. La ley no entra en análisis teológicos sobre el consustancial o temas afines sino que se limita a dejar sentado mediante una norma simple cuál era la verdadera fe católica: la comunión con el credo de los obispos Dámaso de Roma y Pedro de Alejandría: "Todos nuestros pueblos deben adherirse a la fe transmitida a los romanos por el apóstol Pedro, a la que profesan el pontífice Dámaso y el obispo Pedro de Alejandría, es decir, reconocer la Santa Trinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Sólo los que observen esta fe tienen derecho al título de cristianos católicos. Los demás son heréticos y serán víctimas de infamia, sus lugares de reunión no tienen derecho al nombre de iglesias. Dios y también nosotros nos vengaremos de ellos" *(C.T.* XVI, 1 2; vid. et. 1, 3).

Teodosio pretendía en este modo zanjar mediante una ley todas las disputas teológicas que habían dividido a los cristianos desde hacía medio siglo. Mucho se ha discutido sobre los móviles de esta medida y sus inspiradores. La mayoría de los autores modernos han querido ver detrás de ella la mano del activo papa Dámaso, que habría hecho valer su influencia también en su elección por Graciano para el trono imperial, y se ha intentado relacionar



Villa rural. Mosaico de Tabarka, Túnez (siglo IV).

todo ello con el origen hispano de ambos. En cualquier caso, es evidente que Teodosio era un cristiano niceno convencido que ya había sido el primer emperador que al acceder se había negado a tomar el título tradicional pagano de *pontifex maximus* y que por las mismas fechas de promulgación del edicto se había hecho bautizar a raíz de una grave enfermedad.

El edicto, sin embargo, no era suficiente para poner fin a las disputas internas. Aunque el arrianismo estaba en franco retroceso, muchas eran las disputas dogmáticas, disciplinarias y de todo tipo que enfrentaban a las Iglesias, sobre todo en Oriente y en especial Antioquía que, como ya vimos, estaba dividida desde hacía tiempo por un cisma protagonizado por obispos ortodoxos, Melecio y Paulino. Un concilio convocado el 379 en la propia Antioquía por

Melecio, que tenía el apoyo de la mayoría de los obispos orientales, mientras Dámaso y Pedro apoyaban a Paulino, que reunió a 153 obispos, no solucionó los problemas. En Constantinopla tampoco la situación era clara. Aquí gobernaba sin problemas el obispo arriano Demófilo hasta que, a la subida al poder de Teodosio, la pequeña comunidad ortodoxa hizo venir a la capital al obispo Gregorio de Nacianzo, amigo de Basilio de Cesarea, que acababa de morir. Gregorio, con su oratoria, hizo aumentar rápidamente el número de nicenos y los enfrentamientos entre éstos y los arrianos estaban a la orden del día. Cuando a finales del 380 el emperador vino a establecerse en Constantinopla, expulsó a Demófilo y entronizó en la Iglesia de los Santos Apóstoles a Gregorio de Nacianzo. Pero éste fue pronto víctima de un personaje siniestro, Máximo de Alejandría, que comenzó a maquinar para desplazarle y que contaba con el apoyo de Dámaso y de Pedro de Alejandría, pero fue rechazado por Teodosio. Poco después, el 10 de enero del 381, publicó un nuevo edicto en que desarrollaba y precisaba los principios sentados en el de Tesalónica y estableció penas concretas para los herejes. Teodosio afianzaba así su politica tendente a regular todas las cuestiones internas de la Iglesia mediante la legislación civil con una clara fusión de lo político y lo eclesiástico que preludia el cesaropapismo medieval y que era una consecuencia inevitable de los principios sentados por Constantino y Eusebio de Cesarea. Sin embargo, las divisiones y enfrentamientos entre las diversas Iglesias y entre Oriente y Occidente eran tan profundos que el emperador se veía incapacitado para ejercer la labor de árbitro.

Estas fueron las circunstancias que decidieron a Teodosio a convocar un nuevo concilio ecuménico. El concilio se reunió en mayo del 381 en Constantinopla con lo que provocó el rechazo de los occidentales que deseaban que Roma fuese la sede, por lo que éstos no asistieron como tampoco, al comienzo, los egipcios. Así, pues, fue sólo un concilio oriental, pese a lo cual tradicionalmente ha sido considerado entre los ecuménicos. El concilio provocó más problemas de los que intento resolver. En materia de fe se limitó a reafirmar la naturaleza divina del Espíritu Santo, que no fue aceptada por 36 obispos de Tracia y Asia que abandonaron la ciudad consolidándose así la herejía “macedoniana”. En materia disciplinar confirmaron de entrada en su sede de Constantinopla a Gregorio de Nacianzo, pero después se pre-

Inscripción funeraria en honor de un senador pagano de época teodosiana (385). Encontrada en las marismas pontinas al sur de Roma

Ornamento distinguido de tu raza y del gran Senado, tú has brillado entre tus antepasados y tu santo padre por los méritos y honores debidos a tus virtudes, pero, al partir tan pronto has provocado, santo Kamenio, lamentos eternos muriendo tan joven. Tu amada esposa te llora noche y día al lado de tus hijos aún pequeños y, viuda en su casto lecho, se lamenta de haber perdido a quien endulzaba su vida. Sin embargo, ella decora con todos los cuidados posibles esta tumba, como último deber y para hacer más llevadero su duelo. A Alfenio Ceionio Juliano Kamenio, clarísimo, cuéstor candidato, prétor triunfal, miembro de los septemviros de los epulones, padre de los sacrificios del supremo e invencible Mitra, hierofante de Hécate, archibucolo del dios Liber, quindecemvir responsable de los sacrificios, que ha ofrecido taurobolios a la Madre de los dioses, pontífice mayor, consular de Numidia y vicario de África. Vivió 42 años, 6 meses y trece días. Murió el 2 de las nonas de septiembre (4 de sept.) siendo cónsules nuestro señor Arcadio y Flavio Bauto, clarísimo (385).

Dessau, ILS 1264 (Trad. de R. Teja).

sentaron los obispos egipcios que, con el apoyo de Acolio de Tesalónica, que representaba a Dámaso de Roma, impugnaron su consagración. Ante esta situación, Gregorio optó por renunciar y retirarse a la vida privada en su Capadocia natal. En su lugar fue elegido un viejo senador de Constantinopla, Nectario, que aún no estaba bautizado. Tampoco se solucionó el cisma de Antioquía. Melacio murió durante el concilio y en vez de reconocer a Paulino se optó por elegir a un sucesor, Flaviano, con lo que el cisma se perpetuó.

El concilio terminó en julio del mismo año sin alcanzar los objetivos propuestos, antes bien, fue origen de graves problemas, en especial de la división de la Iglesia entre Oriente y Occidente, entre católicos y ortodoxos. Aunque en su canon tercero admitía la primacía de honor para la Iglesia de Roma, declaraba al propio tiempo que la de Constantinopla, en cuanto Nueva Roma, ocupaba el segundo lugar. Aunque este canon estaba orientado a eliminar las aspiraciones de Alejandría, sentó las bases para las pretensiones ecuménicas del Patriarcado de Constantinopla y dio lugar a un enfrentamiento nunca superado entre Roma y Constantinopla. Muy consciente de ello fue el papa Dámaso que al año siguiente convocó, con la ayuda de Graciano, un nuevo concilio en Roma, pero a ello respondió Teodosio convocando otro en Constantinopla. Pese a la insistencia de Graciano, los obispos orientales se negaron a trasladarse a Roma. La situación creada la refleja Ambrosio de Milán en estos términos: "Ha quedado rota la comunidad entre Oriente y Occidente". (*Epist.* 14).

Descripción por Amiano Marcelino de las luchas entre Ursino y Dámaso por la sede episcopal de Roma

(A Lampadio sucedió en la Prefectura de Roma) Vivencio, quien antes había sido cuéstor del palacio imperial. Nacido en Panonia, era persona intachable y prudente. Su administración se desenvolvió con paz y tranquilidad y nunca faltaron alimentos de todo tipo a la ciudad. Pero también él se vio afectado por cruentas revueltas populares provocadas por el siguiente hecho. Dámaso y Ursino, deseosos, con una ambición que superaba todo límite, de apoderarse de la sede episcopia, llegaron a un violentísimo enfrentamiento por sus intereses opuestos. Vivencio, que se veía incapaz de hacer frente o apaciguar unas luchas que degeneraron en muertes y heridos, se vio obligado, por la violencia reinante, a retirarse a su residencia de las afueras de la ciudad. En el enfrentamiento resultó vencedor Dámaso, gracias al apoyo de sus partidarios. Se sabe que en la basílica de Sicinino, donde se reunían los cristianos para sus cultos, en un solo día se encontraron 137 cadáveres y que el pueblo enfurecido sólo se apaciguó por el cansancio.

No pongo en duda, considerando el fasto en que se desarrolla la vida de la capital, que cuantos aspiran a disfrutarlo luchan con todas sus fuerzas por conseguir lo que desean, porque, una vez que hayan alcanzado su objetivo, tendrán un futuro asegurado al enriquecerse mediante las ofrendas de las matronas, pasearán en público sentados en sus carruajes vestidos con todo lujo y organizarán grandes banquetes más fastuosos que los de los reyes. Pero éstos en realidad podían ser bienaventurados si despreciando la grandeza de la ciudad, con la que encubren sus vicios, vivieran imitando a algunos obispos provinciales que por su gran moderación en la comida y la bebida, por la sencillez de su vestimenta, por su mirada humilde siempre vuelta al suelo, sirven de propaganda, con su pureza de costumbres, de la eterna divinidad y de los seguidores de ésta.

Am. Marcel. XVII, 3, 11-15. (Trad. R. Teja).

3. Graciano en Occidente. Ambrosio de Milán y el papa Dámaso

Mientras Teodosio desde el primer momento de su ascenso al poder parece que llevó las riendas de la situación en Oriente, Graciano nos es presentado por todas las fuentes como un príncipe débil, dominado por las personalidades de su entorno. En la administración civil, la familia de Ausonio siguió copando altos cargos que compartirán con representantes de la vieja nobleza senatorial que encuentran un *modus vivendi* con personajes como Patronio Probo, que había encabezado su persecución en época de Valentiniano. Los temas militares siguen en manos de generales francos como Bauto, Arbogasto y Merobandes. Occidente no sufrió como Oriente la presión de los godos pero también aquí se instalaron contingentes masivos de bárbaros, especialmente en Panonia, al tiempo que la defensa del Bajo Rin quedó confiada a los francos. En materia religiosa, Ambrosio de Milán y Dámaso ejercen una influencia creciente sobre el emperador que le lleva a cambiar radicalmente en los últimos años su política de neutralidad por una abierta beligerancia en la línea marcada por Teodosio.

Ambrosio y Dámaso dominan completamente la Iglesia de Occidente en estos años y logran convertir al emperador en un instrumento de sus intereses, muchas veces contrapuestos. Ambos, sin embargo, estaban dotados de una personalidad muy diferente. Dámaso, fino diplomático, dotado de gran cultura y muy apegado al fausto y lujo romanos, cosa que le reprocharán el pagano Amiano Marcelino y sus rivales por el poder eclesiástico, logrará imponer la primacía honorífica y jurisdiccional de la sede episcopal romana. Ambrosio de Milán, mucho más vehemente e intransigente en materia dogmática y de disiplina eclesiástica, acabará definitivamente con los últimos residuos del arrianismo occidental y será al propio tiempo el principal obstáculo a la primacía romana reclamada por Dámaso. Ambos, sin embargo, lograron que Graciano pusiese todo el peso del aparato del Estado al servicio de la Iglesia.

El giro de la política religiosa de Graciano parece que se produjo el 379 en que publica un edicto por el que se condenan todas las doctrinas heréticas y se priva a los herejes de cualquier derecho civil y religioso (*C.T.* XVI, 5, 5). Un concilio convocado en Aquileya el 381, recién terminado el de Constantinopla, reafirmó la liquidación del arrianismo. Frente a los deseos de Graciano de darle un carácter ecuménico, Ambrosio logró que fuese simplemente regional, con mayoría absoluta de obispos del norte de Italia, lo que le permitió ejercer un total control. Aunque Ambrosio parece que hizo que el concilio reconociese la primacía de la sede romana, Dámaso respondió con otro concilio en Roma el 382 que, como vimos, tampoco logró atraer a los obispos orientales, pero le sirvió para poner freno al protagonismo de Ambrosio.

Dos acontecimientos de gran trascendencia política y religiosa contribuyeron de inmediato a poner en práctica el principio de que el Estado debía estar al servicio de la Iglesia y a acelerar la ruptura entre el emperador y el paganismo: los "affaires" de Priscilliano y del altar de la Victoria.

Prisciliano, un español, obispo de Ávila, se convirtió en el principal defensor de una secta rigorista nacida algunos años antes en Hispania y que propugnaba una vuelta al ascetismo del primitivo cristianismo. Condenada por un concilio reunido en Zaragoza el 380, los obispos Hidacio de Mérida e Itacio de Ossonaba tomaron la iniciativa de combatirla. El 381 denunciaron a Prisciliano de maniqueísmo ante la corte de Graciano y tras un juicio presidido por Hidacio se encargó a la au-

toridad civil ejecutar la sentencia. Pero Priscialiano se atrajo el apoyo de Ambrosio y Dámaso, que obligaron a Graciano a retractarse y el desenlace del tema se prolongará varios años.

El conflicto del altar de la Victoria se produjo el otoño del 382. Graciano dictó la orden de quitar de la Curia romana el altar y la estatua de la Victoria ante los cuales los senadores ofrecían incienso antes de cada sesión desde tiempos inmemoriales. La medida fue acompañada de otras que suprimían los privilegios de las vírgenes vestales y de otros sacerdotes romanos que hasta entonces habían sido respetados por su especial significado. Los senadores paganos protestaron airadamente y se entabló una lucha dialéctica con mensajes y embajadas entre la corte y el Senado. Dámaso, que parece fue el promotor de la medida, intervino en el tema amenazando con el abandono del Senado por los senadores cristianos y encontró el apoyo activo de Ambrosio. Graciano no cedió pero la aristocracia senatorial pagana intentará de nuevo la revocación del edicto después de su muerte.

4. Muerte de Graciano y usurpación de Máximo

El 383 Graciano se dirigió a Recia para combatir contra los alamanes. Este fue el momento que aprovechó un general hispano, Máximo, que mandaba las tropas de Britania y acababa de obtener importantes triunfos sobre los Pictos y Scotos, para rebelarse contra el emperador aprovechando la impopularidad de éste entre el ejército. Máximo desembarcó en el norte de la Galia y Graciano salió a su encuentro pero antes de enfrentarse en las pro-ximidades de París fue traicionado por su ejército y tampoco encontró apoyo ninguno entre la población. Huyó hacia el sur y fue alcanzado y muerto en Lyon. Máximo fue reconocido Augusto sin dificultad por los ejércitos del Rin y de Britania e instaló su corte en Tréveris. La circunstancia fue aprovechada por Justina, la madre de Valentiniano II, para controlar desde Milán la Prefectura de Italia, África y el Ilírico. Teodosio no intervino directamente, sino que se limitó a esperar desde Constantinopla la evolución de los acontecimientos y a intentar por medios diplomáticos el control sobre la corte de Valentiniano II y Justina que también se disputaba Máximo. El 384 se dirigió a Italia y en vez de enfrentarse abiertamente a Máximo llegó a una entente con éste y con Justina en espera de mejor coyuntura. Se inicia así un período de tensa paz con el poder dividido en tres cortes, Milán, Tréveris y Constantinopla.

5. La tensa paz del 384-388. El protagonismo político-religioso de Ambrosio de Milán

El acuerdo del 384 que dio paso momentáneamente a la acción diplomática frente a las actuaciones militares coincidió con la muerte del papa Dámaso. Su sucesor Siricio no estaba dotado de una personalidad comparable, lo que dejó vía libre a la actuación de Ambrosio de Milán, que será el árbitro de la situación durante estos años y condicionará también de modo decisivo después la política de Teodosio.

Ambrosio supo jugar hábilmente entre las diversas cortes e incluso se convirtió en el principal valedor de Justina y Valentininao II frente a las ambiciones de Máximo, pese a ser éste un ferviente católico mientras que aquellos persistían en su fe arriana. Máximo, que estaba dotado de grandes cualidades políticas y militares, contribuyó decisivamente en la consolidación militar de la frontera del Rin y logró hacer renacer el espíritu romano en las Galias frente a los bárbaros favorecidos por

Graciano. En política religiosa siguió la línea marcada por Teodosio de intervención activa en los asuntos eclesiásticos y lo puso de relieve con su participación en el asunto priscilianista. La subida al poder de Máximo fue aprovechada por el partido opuesto a Prisciliano para reanudar sus ataques. Un concilio celebrado en Burdeos le acusó de prácticas maniqueístas que era la fórmula más fácil para que el poder de la ley cayese sobre él, y a ello siguió la condena a muerte del propio Prisciliano y algunos seguidores dictada por Máximo. Por vez primera en la historia del cristianismo se recurrió al poder civil para castigar un delito de herejía, abriendo así la vía a lo que será práctica normal durante muchos siglos.

En Milán, la hábil Justina supo aprovechar la desconfianza y recelos mutuos entre Teodosio y Máximo para afirmar su regencia sobre Valentiniano II hasta el punto de que Milán se convirtió en la tercera capital en pie de Igualdad con Tréveris y Constantinopla. En el complicado juego diplomático del momento Ambrosio supo jugar hábilmente sus cartas para convertirse en el árbitro de toda la política del momento y en la persona con más influencia del Imperio. Mientras, como ya vimos, Ambrosio intervenía en la corte de Tréveris en favor de Valentiniano II y Justina, ésta optó por la vía de apoyarse en la aristocracia senatorial pagana desplazada en los últimos años de Graciano para afianzar su poder y su esfera de influencias. Símmaco y Pretextato se convirtieron en los líderes de un Senado que se negaba a abdicar de sus tradiciones y a ser el bastión de unas concepciones y un poder religios y político que pertenecían al pasado. Aprovechándose del favor de Justina, los senadores paganos realizaron un nuevo intento de conseguir la revocación de las medidas de Graciano contra el altar de la Victoria y las vestales. Símmaco fue encargado de llevar a buen término la misión basado en su prestigio personal y su oratoria, pero de nuevo chocó con la oposición decidida e intransigente de Ambrosio. Los argumentos de Símmaco, conservados en su *Relatio* III, y la contestación de Ambrosio en sus cartas 17, 18 y 59 constituyen el último gran debate ideológico y político entre el paganismo y el cristianismo y una magnífica expresión de las mentalidades de las clases dirigentes de la época. Frente a Símmaco, que basaba sus argumentos en la transigencia y la libertad religiosas que había caracterizado la historia de Roma desde sus inicios, Ambrosio se fundamenta en la intrasigencia que deriva de la convicción de estar en posesión de la verdad divina y de la única fe a la que el poder político debe apoyar con todos sus medios. Como era de esperar, Ambrosio logró imponer sus argumentos y sus amenazas en la corte. Una concepción del hombre y el universo se veía reemplazada por otra que se afirmaba inexorablemente.

La personalidad y la actividad de Ambrosio arrebatan también el protagonismo de estos años a Teodosio. Éste, incapaz de hacer frente a Máximo, se encierra en su retiro de Constantinopla que prácticamente no abandona, entregado a una oscura actividad legisladora que es incapaz de hacer frente al poder creciente y omnipresente de la burocracia. Al tiempo que en Constantinopla se van poniendo las bases de lo que será la ceremoniosa e ineficaz corte bizantina y se va desarrollando un urbanismo basado en grandes edificios públicos que la transforman en la gran capital de Oriente, rival de Roma, en las provincias la burocracia y un fiscalismo cada vez más opresivo ahogan las iniciativas privadas de los curiales y de los particulares en las ciudades y entregan a los campesinos en manos de patronos y grandes propietarios que consolidan las estructuras del colonato y las formas de explotación del gran latifundio. La represión momentánea del peligro godo y la paz con los reyes persas debilitados por las luchas internas proporcionan una apariencia de

El "affaire" del altar de la Victoria del 384

1. Inicio del informe (Relatio) de Símmaco ante Valentiniano II (384) solicitando la revocación de la orden de Graciano (382) de retirar del Senado el altar de la Victoria y los privilegios de las vestales y sacerdotes paganos.

Mis ínclitos señores, los emperadores Valentiniano, Teodosio y Arcadio, victoriosos y triunfantes y siempre Augustos: apenas el nobilísimo Senado, que siempre os pertenece, supo que los abusos habían cedido ante la ley y vio que el oprobio de otros tiempos estaba siendo cancelado por obra de emperadores devotos, inmediatamente, siguiendo el ejemplo del buen tiempo pasado, se desahogó un dolor largamente reprimido y me confió el encargo de presentar nuevamente sus quejas. Si por culpa de personas desleales el Senado no pudo hacerse oír por el llorado emperador, esto se impidió por temor a que de inmediato se le hiciese justicia.

Por todo ello acudo ante vos en mi doble faceta: como vuestro Prefecto, soy responsable del orden público; como legado me hago intérprete del encargo recibido de mis conciudadanos. Sobre este tema existe plena unanimidad entre todos con el fin de que después nadie piense que va a poder romperla mediante las presiones de los cortesanos al comprobar que existe divergencia de puntos de vista. El sentirse amado, respetado, querido, es más importante que la autoridad. ¿Quién podría tolerar que disputas personales dañen al Estado? Tiene razón el Senado cuando se opone a aquellos que han antepuesto el propio prestigio al honor del Emperador.

Estamos en guardia permanente vigilando por Vuestra Clemencia. Pues, ¿a quién es más útil que a la gloria de Vuestro tiempo el que nosotros defendamos las tradiciones, los derechos y los destinos de la patria? Y esta gloria es mayor cuando Vos sois consciente de que no es lícito hacer nada contra las costumbres de los padres. Reclamamos, pues, la permanencia de nuestros cultos, que desde siempre han sido útiles al Estado. Recuérdese, si no, a los emperadores que han tenido una u otra creencia: los más antiguos respetaron los ritos de los padres, los más recientes no los han prohibido. Si no se quiere seguir la creencia de los emperadores antiguos, que al menos se imite la tolerancia de los más recientes.

Símmaco. Relat. III, 1-3. (Trad. R. Teja).

2. Inicio del informe de Ambrosio a Valentiniano II (384) refutando el emitido por Símmaco.

Del mismo modo que los hombres, súbditos de la autoridad de Roma, militan a vuestro servicio porque Vosotros sois los emperadores y príncipes del mundo, así Vosotros militáis al servicio del Dios omnipotente y de la santa religión. Y nadie puede asegurarse la salvación si no adora sinceramente al verdadero Dios, a saber, el Dios de los cristianos, del que dependen todas las cosas. En efecto, sólo él es el verdadero Dios que debe ser adorado desde lo profundo del corazón; por el contrario, "los dioses de las gentes son demonios", como dice la Escritura.

Ahora bien, quien milita al servicio de este verdadero Dios y lo acoge adorándolo con íntima sinceridad no demuestra ni tolerancia ni connivencia, sino celo por la fe y la piedad. Y si no puede llegar a tanto, al menos no debe permitir en modo alguno el culto de los ídolos y los ritos de las religiones profanas. En realidad, nadie puede engañar a Dios, que todo lo conoce, incluso los secretos del corazón.

Por todo esto, cristianísimo emperador, porque tienes la obligación de demostrar tu fe hacia el Dios verdadero, tu celo por la fe, tu prudencia y tu piedad, me extraña que alguien espere que Tú vayas a dar la orden de reponer los altares de los dioses de los gentiles y a hacerte cargo de los gastos de los sacrificios profanos. En efecto, dado que aquellas propiedades hace tiempo que fueron asignadas al fisco y al tesoro del Estado, con una decisión de este tipo parecería que lo que vas a hacer es un regalo y no una restitución.

Ambr., Ep. 17, 1-3 (Trad. R. Teja).

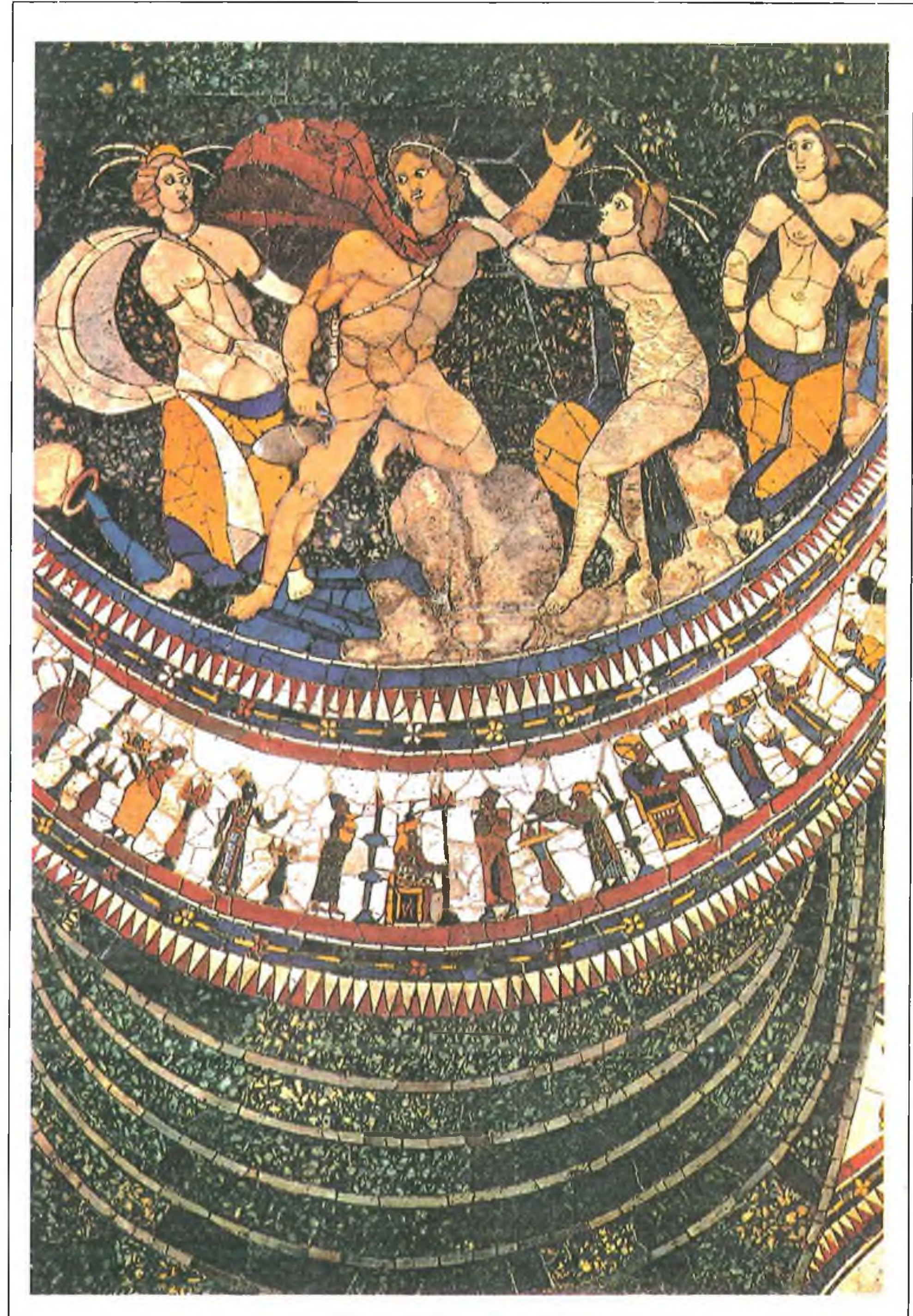
paz bajo la cual se van fraguando unas estructuras políticas, sociales y económicas más propias ya del mundo bizantino que del romano.

6. La ruptura de la "entente". El derrocamiento de Valentiniano II y la caída de Máximo

La entente entre las cortes de Tréveris y Milán tuvo su fin cuando el 387 Justina aceptó las tropas enviadas por Máximo para hacer frente a las invasiones bárbaras en Panonia. Los soldados aprovecharon la coyuntura para volverse contra la corte de Milán. Justina y Valentiniano lograron huir a Tesalónica e Italia cayó en manos de Máximo. Tanto éste como Teodosio fueron conscientes de que la guerra entre ambos era ya inevitable. Máximo desplegó una amplia acción diplomática en todos los frentes en busca de apoyos, incluso en Oriente, al tiempo que confió la defensa de la Galia a su hijo Víctor, al que proclamó Augusto. Teodosio, entre tanto, tardaba en reaccionar, seguramente por la escasa confianza en sus fuerzas. Fue seguramente Justina quien le empujó, tras el matrimonio de Teodosio con su bella hija Gala Placidia, a tomar la iniciativa en el verano del 388. El avance de su ejército por el Danubio no pudo ser frenado por Máximo y cuando se presentó ante la plaza fuerte de Aquileya a las puertas de Italia, se rindió entregándole Teodosio a la venganza de sus propios soldados. De este modo, en agosto del 388, acabó la vida de este emperador, hispano igual que Teodosio y posiblemente emparentados, que desde el punto de vista legal fue un usurpador, pero que llevó a cabo una acción de gobierno que entre los contemporáneos encontró profundos apoyos y adhesiones y que la historiografía moderna ha sabido reivindicar. (J. R. Palanque, 1965).



Valentiniano II. Estambul.



Hilas raptado por las ninfas.
Roma (medidados del siglo IV).
Basílica de Junio Baso.

V. La reunificación del Imperio y el apogeo de Ambrosio de Milán

Con la muerte de Máximo el Imperio se reunifica políticamente por última vez en su historia en manos de un solo emperador. Pero este hecho, al que la más reciente historiografía ha dado gran importancia y que junto a la influencia de la Iglesia en reconocimiento a su política religiosa ha contribuido a dar a Teodosio el inmerecido título de "Grande" tuvo en realidad escasa trascendencia histórica. La profundización de las diferencias entre la mitad occidental y oriental, que fue una de las constantes de la historia del Imperio, había alcanzado tales niveles que esta reunificación momentánea hasta su muerte en el 385 no pasó de ser una anécdota sin mayor trascendencia histórica. De hecho, al dividir de nuevo el Imperio a su muerte entre sus dos hijos, Arcadio y Honorio, Teodosio no hizo sino reconocer una realidad desde hacía tiempo asumida por todos los contemporáneos.

1. Teodosio en Occidente. Enfrentamientos con Ambrosio de Milán

Tras su victoria sobre Máximo, Teodosio fijó su corte en Milán por tres años sólo interrumpidos por una breve estancia en Roma en el verano del 389 para celebrar la victoria. Valentiniano II, que había vuelto a Occidente, acompañado como siempre por su madre Justina, fue enviado a la Galia para ejercer aquí una especie de corregencia supervisada por el general franco Arbogasto. Por la misma época parece que confió el gobierno de Italia a su hijo Honorio, que le acompañó en su visita a Roma.

La estancia de Teodosio en Occidente fue aprovechada por Ambrosio para intensificar su influencia hasta el punto de que hasta su muerte Teodosio parecerá una marioneta del obispo de Milán a pesar de sus esfuerzos para sacudirse al autoritario obispo.

Los primeros roces surgieron desde el comienzo de su estancia en Milán cuando el emperador en la primera misa a que acudió intentó situarse en el coro como era la costumbre en Oriente. Ambrosio le expulsó. Los roces y enfrentamientos se sucedieron sin interrupción hasta el extremo de que el emperador tuvo que prohibir que se informase a Ambrosio de las deliberaciones que tenían lugar en el consejo imperial. El enfrentamiento culminó cuando el 390 Teodosio publicó, inspirado sin duda por el propio Ambrosio, una ley que condenaba a muerte a los culpables de los llamados vicios "contra natura", como la homosexualidad. En aplicación de la ley, el jefe de la infantería *(magister peditum)* Buterico

Ley de Teodosio del 8 de noviembre del 392 por la que se amplía el alcance y las penas de la ley del 24 de febrero del 391 (C.T. XVI, 10, 10) por la que se prohibían las prácticas de la religión pagana

Los emperadores Teodosio, Arcadio y Honorio, Augustos, a Rufino, Prefecto del Pretorio.

Que ninguna persona, cualquiera sea su origen social o el estamento (*ordo)* a que pertenezca o su rango social *(dignitas),* bien esté en el ejercicio de algún cargo o lo haya ejercido antes, bien sea noble de nacimiento o humilde por su origen, condición social o fortuna, ofrezca en sacrificio en ningún lugar ni en ninguna ciudad una víctima inocente a imágenes carentes de sentido, ni venere, en expiación secreta, a su Lar con fuego, a su Genio con vino, a sus Penates con incienso, ni les encienda luces, ni les ofrezca incienso ni les cuelgue guirnaldas.

1. Si alguien osara inmolar una víctima para un sacrificio, o consultara las entrañas palpitantes, será denunciado como persona incursa en delito de lesa majestad –y esta acusación la podrá hacer cualquiera y recibirá la condena apropiada, incluso si no intentaba descubrir nada contrario o referente a la vida de los emperadores–. Es suficiente para constituir un gran crimen que alguien desee echar abajo las leyes de la propia Naturaleza, investigar asuntos prohibidos, revelar secretos ocultos, tratar de efectuar prácticas prohibidas, intentar conocer el final de la vida de otro o provocar la esperanza en la muerte de otra persona.

2. Si alguien venerara, colocando incienso ante ellas, imágenes hechas por el trabajo de los mortales y destinadas a padecer el paso del tiempo, llevado repentinamente por un temor ridículo hacia las efigies que él mismo ha creado, vendara un árbol con cintas, erigiera un altar de césped desenterrado por él mismo, o intentara honrar vanas imágenes, ofreciendo un don aunque sea humilde, lo que constituye así con todo un total ultraje contra la religión, tal persona, como culpable de violación de la religión, será castigada con la pérdida de la casa o propiedad en la cual se ha probado que llevó a cabo una tal superstición pagana. Por tanto, decretamos que todos los lugares sean anexionados a Nuestro fisco, si se prueba que ellos han humeado con el vapor del incienso, siempre que se haya probado que tales lugares pertenecían a los que quemaron el incienso.

3. Es Nuestro deseo que esta disposición sea hecha respetar tanto por los jueces como por los "defensores" y curiales de las distintas ciudades, que los hechos descubiertos por ellos sean inmediatamente denunciados a los jueces y sean castigados por éstos. Por otra parte, si éstos opinasen que los defensores y curiales han ocultado algo por favoritismo o lo han pasado por alto por negligencia, serán sometidos a juicio. Por su parte, si los jueces, una vez avisados, pospusieran el castigo por negligencia, serán multados con treinta libras de oro y sus ayudantes se verán sometidos a la misma multa. Dada el sexto día de los Idus de Noviembre (8 de nov.) en Constantinopla, siendo cónsules Arcadio Augusto, por segunda vez, y Rufino (392).

Cod. Theod. XVI, 10, 12. (Trad. Mar Marcos).



Valente

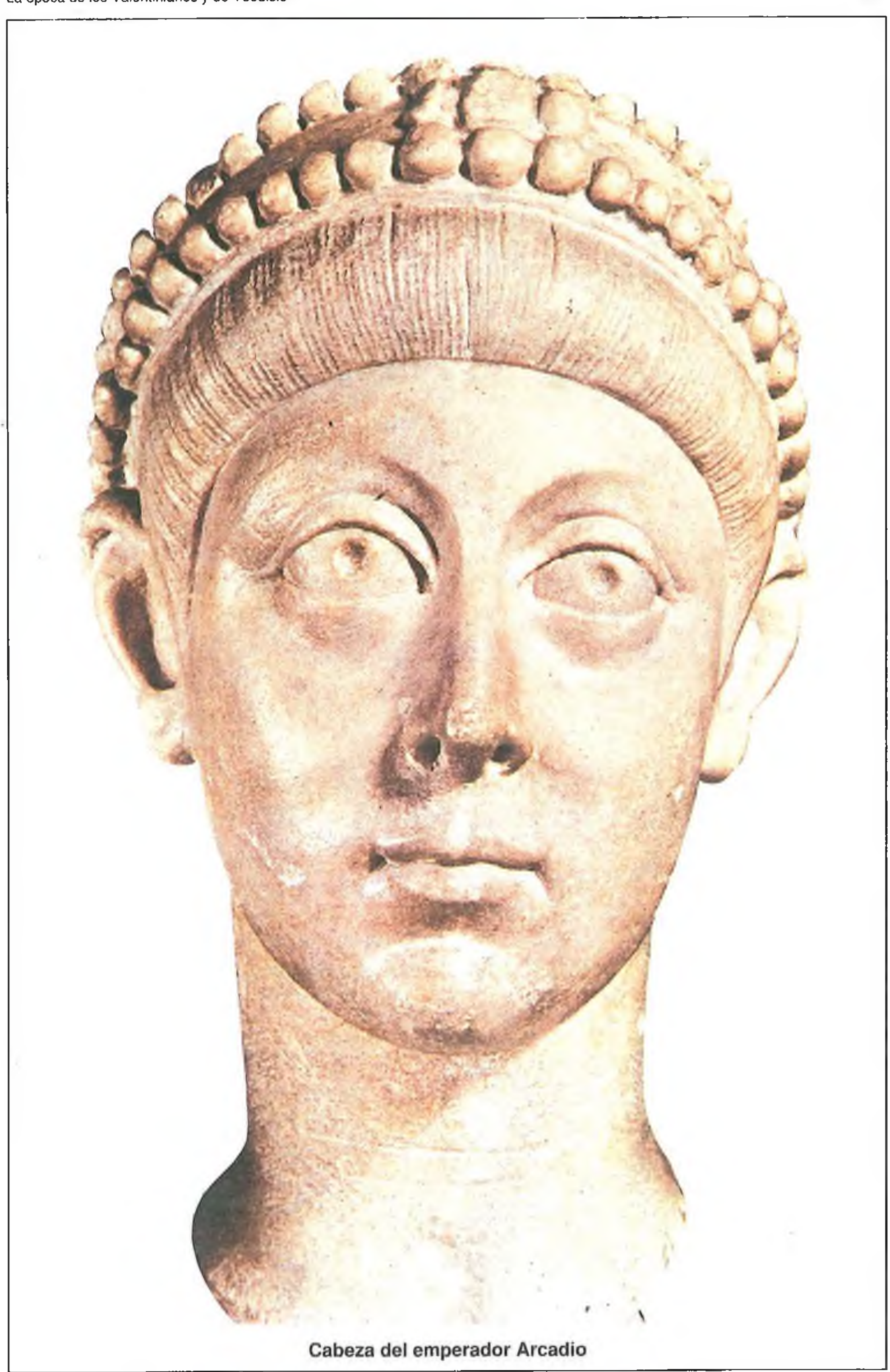
hizo encarcelar en Tesalónica a un cochero del circo que gozaba de gran popularidad en la ciudad. El pueblo se amotinó mezclando en su protesta la indignación por el hecho y el odio a las guarniciones bárbaras de la ciudad y en el motín murió Buterico. Al tener noticia de los acontecimientos, Teodosio ordenó una masacre del pueblo en el circo que después revocó. Pero cuando llegó la contraorden ya habían muerto tres mil personas. Al tener noticia de los hechos, Ambrosio reaccionó apartando al emperador de la comunión hasta que hiciese penitencia pública. Teodosio intentó reaccionar con medidas contrarias a Ambrosio: prohibió a las mujeres hacerse diaconisas antes de los sesenta años y el que éstas nombrasen herederos a la Iglesia, a los clérigos y a los pobres (*C.T.* XVI, 2, 27), nombra prefecto de Roma al reputado pagano Nicómaco Flaviano y cónsules para el 391 a los paganos Símmaco y Taciano, éste enemigo irreconciliable de Ambrosio. Las tensiones entre el emperador y el obispo continuaron hasta que al fin cedió accediendo a pedir perdón públicamente, vestido de penitente en la Navidad del 390.

Este hecho tiene enorme trascendencia en la historia del Imperio y de la Iglesia pues significó el reconocimiento por el emperador de otras leyes distintas a las civiles y del poder de los obispos para juzgar a los soberanos, no sólo en cuestiones dogmáticas sino por sus actos públicos o privados. En cierto modo es el fin del proceso iniciado por Constantino concediendo privilegios a la Iglesia que culmina poniendo el Imperio al servicio de la Iglesia y sometiéndola a los dictados de los obispos. La unión entre los dos poderes se consuma en beneficio del eclesiástico.

Teodosio aprendió bien la lección. En lo sucesivo no volverá a intentar mantener sus prerrogativas imperiales y su política será dócil a los dictados de Ambrosio. Las medidas legislativas contra el paganismo culminan ahora con una ley del 24 de febrero del 391 (*C.T.* XVI, 10, 10) en la que se prohíben con duras penas todas las prácticas paganas. La historiografía moderna ha considerado esta ley como “la sentencia de muerte contra el paganismo” (A. Piganiol, 1972). Pero éste se resistía a morir resignadamente. La posterior usurpación de Eugenio, apoyada por elementos paganos, y otras disposiciones legales condenando prácticas paganas concretas que aún subsistían así lo ponen de relieve. En cualquier caso, a partir de ahora Teodosio será el “cristianísimo emperador”.

2. El regreso de Teodosio a Oriente y la usurpación de Eugenio. La batalla del “Frigido”

Durante la estancia de Teodosio en Milán, en Constantinopla se desarrolló una oscura lucha por el poder entre los altos dignatarios de la corte que tenía como trasfondo la política a seguir con los godos estacionados en el Imperio. Fue precisamente el enfrentamiento entre Arcadio y su madrastra Gala Placidia lo que aceleró su retorno a Constantinopla en el verano del 391. Tras la muerte de Cinegio el 388, el emperador depositó su confianza, a pesar de ser pagano, en Taciano. Éste, con el apoyo de su hijo, Próculo, ejerció una especie de regencia



Cabeza del emperador Arcadio

y supervisión de Arcadio durante la estancia de Teodosio en Milán. Pero cuando ésta retornó a Constantinopla, Taciano se vio pronto reemplazado por Rufino, un galo y ferviente católico, que ya antes había prestado importantes servicios a Teodosio y que se destacó ahora por su oposición radical a la política de aniquilamiento sistemático de los godos establecidos en el Imperio que llevaban a cabo algunos altos jefes militares como Promoto y Estilicón. Rufino logró imponer su política pro-bárbara al propio Teodosio. Taciano y Próculo fueron juzgados y condenados y el propio Estilicón, un *semibarbarus* según la expresión de San Jerónimo, que se había ganado las simpatías de Teodosio, quien le había casado con su sobrina Serena y elevado al rango de *magister utrius*que *militiae* y que jugará un papel decisivo en la suerte del Imperio en años sucesivos quedó ahora relegado a un segundo plano por la fuerte personalidad y la influencia omnipresente de Rufino, convertido en prefecto del pretorio en Oriente.

En Occidente, Valentiniano II, que se había criado entre las presiones opuestas de Ambrosio y de su madre Justina, vivía sometido al rígido control de Arobogasto, quien ejercía el papel de verdadero virrey de la Galia. El 392 se produjo una nueva invasión de los bárbaros en Panonia que amenazaba incluso a Italia. Valentiniano, en un gesto que contrastaba con su carácter pusilámine y su vida entregada al ascetismo religioso, quiso dirigirse a Italia para tomar el mando de las operaciones, pero Arbogasto se lo impidió. Se produjo un fuerte enfrentamiento en la corte en el que Valentiniano intentó matar con su propia espada a Arbogasto y después pidió ayuda a Ambrosio. Unos días después, Valentiniano apareció ahorcado. No se pudo saber si fue asesinado o se trató de un suicidio, aunque esta última fue la versión oficial que se impuso y la que adoptó Teodosio quizá para no tener que verse obligado a trasladarse de nuevo a Occidente para vengarlo.

La muerte de Valentiniano II fue aprovechada por Arbogasto para afianzar su poder haciendo que las topas proclamasen en Lyon como emperador a Eugenio en el verano del 392. Eugenio era un simple profesor de retórica en Roma que se había trasladado a la Galia con Valentiniano y Arbogasto en cuya corte había desempeñado cargos administrativos. Resultaba evidente que con su proclamación Arbogasto únicamente deseaba tener un instrumento dócil que supliera su propia imposibilidad de proclamarse emperador debido a su origen franco.

Eugenio desde un principio trató mediante la diplomacia de atraerse el reconocimiento de Teodosio y Ambrosio. Ninguno de ellos reaccionó abiertamente en contra pero se puso de manifiesto una indiferencia respecto al hecho consumado de la usurpación que delataba, por parte del emperador, una voluntad de dejar pasar el tiempo en espera de la coyuntura favorable para atacarle militarmente. Ante esta situación, Eugenio, que era un cristiano de escasas convicciones religiosas, buscó el apoyo de la nobleza senatorial pagana que vio inmediatamente en el usurpador la última posibilidad de supervivencia. Tras una serie de medidas legislativas que revocaban las anteriores disposiciones de Graciano y Teodosio contra el paganismo, los senadores paganos encabezados por Nicómaco Flaviano le prestaron todos su apoyo e iniciaron una gran labor propagandística y de búsqueda de alianzas en su favor. Ambrosio, a pesar de todo, mantuvo una postura ambigua que en realidad fue un reconocimiento tácito de Eugenio como después le reprochará Teodosio. Este se limitó a responder con una amplia legislación que acentuó el rigorismo y la dureza de la represión antipagana, en especial con una ley del 8 de noviembre del 392 (*C.T.* XVI, 10, 12) que reafirmaba la condena del 391 prohibiendo incluso las prácticas paganas privadas. Pero

hasta el 394, instigado quizá por su esposa Gala Placidia, deseosa de vengar la muerte de su padre, Valentiniano II, no se decidió a actuar militarmente.

Teodosio condujo a lo largo del Danubio un poderoso ejército formado por soldados romanos, godos y orientales y en el que participaban sus mejores generales, como Estilicón y Gainas. En el bando opuesto, Eugenio, Arbogasto y Nicómaco Flaviano optaron por hacerse fuertes en los pasos alpinos entre Italia y el Ilírico. La amplia acción propagandística en ambos bandos y el despliegue de símbolos religiosos hizo que el enfrentamiento se presentase como una verdadera guerra de religión. En realidad, se trató de la última batalla, en este caso militar, del paganismo que se resistía a morir. Por ello todos los contemporáneos vieron en la derrota total de Eugenio a orillas del río llamado Frio (*flumen Frigidus*) una victoria de la Cruz sobre el paganismo que tuvo un enorme eco en todos los espíritus de la época. De hecho, el paganismo apenas volvió a dar señales de vida y perdió todo significado histórico, pues incluso los senadores cristianos pasaron pronto a ser mayoritarios en el Senado.

3. Muerte de Teodosio y división definitiva del Imperio. Significado de su gobierno

En la batalla del "Frigido", Eugenio pereció a manos de los soldados de Teodosio y Arbogasto y Nicómaco Flaviano se suicidaron. Ambrosio aprovechó la ocasión para humillar de nuevo al emperador. Basándose en que sus manos estaban ensangrentadas, le prohibió recibir los sacramentos mientras Teodosio le acusaba de colaboracionismo con Eugenio. Una vez más, el emperador cedió y tuvo que acceder a las peticiones del obispo de clemencia para los vencidos. Teodosio se trasladó a Roma, donde procedió a reorganizar la administración de la ciudad. Después retornó a Milán donde enfermó y murió a comienzos del 395. Ambrosio pronunció su oración fúnebre, en realidad un panegírico, y murió dos años después. Con ellos terminaba una época.

Tras su muerte, el Imperio pasó a manos de sus dos hijos, Honorio en Occidente, Arcadio en Oriente. Esta división será definitiva. Hasta este momento se había intentado mantener la unidad fundamental del Imperio pues siempre que había existido más de un emperador uno de ellos había ejercido una superioridad indiscutida sobre sus colegas. En estos momentos la escasa edad de los dos emperadores (diecisiete años Arcadio, diez Honorio) hizo que éstos cayesen en manos de los altos personajes de la Corte y la administración, lo que facilitó una división institucional que la realidad política, económica y social de la época había venido imponiendo desde hacía tiempo y que Teodosio había consolidado con la promoción de Constantinopla. El destino de cada parte será en adelante totalmente opuesto y condicionará la historia de la civilización occidental hasta nuestros días.

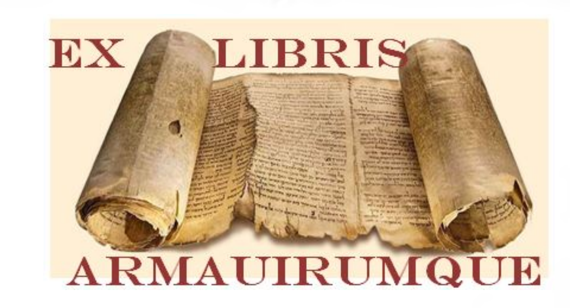
La obra de Teodosio ha sido juzgada de modo muy diverso, según las épocas históricas. Como ya hemos señalado, son escasos los fundamentos para el calificativo de "Grande" que le dio la Iglesia y con que ha pasado a la posteridad. Ni su personalidad indecisa y pusilámine, su temperamento perezoso, ni su obra civil y militar lo justifican. Sólo su acción decisiva a favor de la Iglesia y en contra del paganismo derivada de su sincera fe cristiana y de la influencia todopoderosa de Dámaso y en especial de Ambrosio de Milán justifica el apelativo. Efectivamente fue la política religiosa el hecho más significativo de su reinado y que más configuró la historia posterior. En los demás aspectos fue siempre a remolque de los acontecimientos. Todas las tensiones sociales y económicas que caracterizan

el siglo IV y que llevaban al asentamiento de las desigualdades sociales y a la insolidaridad entre las clases dirigentes y el Estado se desarrollan sin freno y desembocarán el hundimiento del poder político romano en Occidente y la desaparición de la vida urbana que había sido su expresión más significativa. En el aspecto militar, si bien logró mantener la integridad territorial del Imperio, dejó vía libre a la total "barbarización" del ejército y al establecimiento definitivo de los bárbaros en territorio romano que en el siglo siguiente serán los agentes de la desintegración política del Imperio occidental. En materia religiosa se imponen unas nuevas relaciones en las que el poder político se pone al servicio del poder religioso basadas en una concepción fundamentalista y dogmática totalmente opuesta a la tolerancia que había caracterizado al paganismo hasta el punto que puede afirmarse que el verdadero protagonista de la época fue Ambrosio de Milán. Todo ello hace que podamos considerar al reinado de Teodosio como un símbolo: el final del mundo antiguo y el comienzo de la época medieval y del Imperio Bizantino.



Mausoleo de Gala Placidia Ravenna.

Bibliografía



I. Obras generales sobre el Bajo Imperio

Brown, P.: *The world of Late Antiquity: from Marcus Aurelius to Muhammad.* Londres, 1971.

Chastagnol, A.: *Le Bas Empire.* París, 1969.

Daniélou, J. y Marrov, H. I.: *Nueva Historia de la Iglesia, desde los orígenes a San Gregorio Magno.* Madrid, 1964.

Fliche, A. y Martin, V.: *Histoire de l'Eglise,* vol. III, 2. «De la paix constantinienne à la mort de Théodose», París, 1950.

Folz, R.: *De l' Antiquité au monde médiéval,* Peuples et Civilizations V, París, 1972.

García Moreno, L.: Historia Universal, Tom. II, 2, *La Antigüedad clásica. El Imperio Romano* 30 a.C. 395 d.C., Pamplona, 1978.

Gaudemet, J.: *L'Eglise dans l'Empire romain,* IV-V siècle. París, 1958.

Jones, A. H. M.: *The Later Roman Empire, 284-602. A social, economic and administrative survey,* Oxford, 1964.

Lot, F.: *La fin du Monde Antique et le début du Moyen-Age.* L'évolution de l'humanité, vol. 5, París, 1968.

Maier, F. G.: *Las transformaciones del mundo mediterráneo, siglos III-VII.* Historia Universal Siglo XXI, Vol. 9. Madrid, 1968.

Mazzarino, S.: *L'Impero Romano.* Vol. 2. Bari, 1973.

Paribeni, R.: *De Diocleziano alla cadute dell'Impero d'Occidente.* Storia di Roma a cura dell'Istituto di Studi Romani, vol. 8, Bolonia, 1941.

Piganiol, A.: *L'Empire Chrétien* (2. edición puesta al día por A. Chastagnol). París, 1972.

Remondon, P.: *La crisis del Imperio Romano de Marco Aurelio a Anastasio.* Nueva Clio, 11, Barcelona, 1967.

Solari, A.: *La crisi dell'Impero Romano.* Milán, 1933-35.

Stein, E.: *Histoire du Bas Empire,* I: *De l'État romain à l'État byzantin* (ed. francesa por J. R. Palanque, 2 vols. (284-476), París, 1959.

Zeiller, J.: *L'Empire Romain et l'Église.* Histoire de l'Antiquité (dir. E. Cavignac) V. II, París, 1938.

II. Estudios monográficos sobre el Bajo Imperio con especial incidencia en la época de los Valentinianos y Teodosio

Arnheim, M. T. N.: *The Senatorial aristocracy in the Late Roman Empire.* Oxford, 1972.

Boissier, G.: *El fin del paganismo.* Madrid, 1908.

Brown, P.: "Aspects of the christianization of The Roman Aristrocracy". *JRS* 61, 1971, pp. 80-101.

Chastagnol, A.: *La Préfecture urbaine à Rome sous le Bas Empire.* París, 1962.

Dagron, G.: *Naissance d'une capitale. Constantinople et ses institutions de 330 à 451.* París, 1974.

Ganghoffer, R.: *L'Evolution des institutions municipales en Occident et en Orient au Bas Empire.* París, 1963.

Harmand, L.: *Un aspect social et politique du monde romain: le patronat sur les colectivités publiques des origines au Bas Empire.* París, 1957.

Joannon, P. P.: *La législation impériale et la christianisation de l'Empire romain (311-476)* Roma, 1972.

Jones, A. H. M., Martindale, J. R. y Morris, J.: *The Prosopography of the Later Romain Empire,* vol. I: a.d. 260-395. Cambridge, 1975.

Lécrivain, C.: *Le Sénat romain depuis Dioclétien à Rome et à Constantinople,* París, 1888.

Macmullen, R.: *Soldier and Civilian in the Later Roman Empire.* Cambridge, Mass. 1963.

Mazzarino, S.: *Aspetti sociali del quarto secolo: ricarche di storia tardoromana,* Roma, 1951.

Momigliano, A.: (ed.), *The Conflict between Paganism and Christianity in the fourth century.* Oxford, 1963.

Palanque, J. R.: *Essai sur le préfecture du prétoire du Bas Empire,* París, 1933.

Setton, K. M.: *Christian Attitude towards the Emperor in the Fourth Century.* Nueva York, 1941.

Seyfarth, W.: *Soziale Fragan der Spätromischen Kaiserzeit in Spiegel des Thendosianus.* Berlín, 1963.

Sinnigen, W. G.: *The officium of the Urban Prefecture during the Later Roman Empire.* Roma, 1957.

Teja, R.: "Las corporaciones romanas municipales en el Bajo Imperio: alcance y naturaleza", *Hisp.,* 3, 1973, pp. 153-178.

— "Honestiores y humiliores en el Bajo Imperio, hacia la configuración en clases sociales de una división jurídica", *Memorias de Historia Antigua,* 1977, pp. 115 y ss.

Vittinghoff, F.: "Zur Verfassung der Spätantike "Stadt"", *Studien zu den Anfängen des europaischen Stàdtewesens,* Constanza, 1958, pp. 11-40.

III. Estudios monográficos sobre la época de los Valentinianos y Teodosio I

Alföldy, A.: *A conflict of ideas in the Later Roman Empire. The Clash between the Senat and Valentinian I,* Oxford, 1952.

Arce, J.: "El "missorium" de Teodosio I: precisiones y observaciones". *Arch. Esp. Arg.* 49, 1976, pp. 119 ss.

Cameron, A.: "Gratian's repudiation ot the pontifical robe". *JRS* 58, 1968 pp. 96-102.

Chadwick, H.: *Prisciliano de Ávila,* Madrid, 1978.

Chastagnol, A.: "Les espagnoles dans l'aristocracie gouvernementale de Théodosie", *Les Empereurs romaines d'Espagne.* París, 1965 pp. 269 ss.

Dagron, G: *L'Empire romain d'Orient au IV siècle é et les traditions politiques de l'hellenisme: le témoinage de Themistions.* París, 1968.

Demandt, A.: "Der Tod des älteren Theodosius", *Historia,* 18, 1969, pp. 598-626.

Demeugeot, E.: "Modalités d'établissement des féderés barbares de Gratien et de Théodose", *Melanges W. Seston,* París, 1974, pp. 143-160.

Egger, R.: "Der erate Theodosius", *Byzantion,* 5, 1929, pp. 5-32.

Ensslin, W.: *Die Religionspolitik des Kaisers Theodosius des Grossen,* Berlín, 1953.

Fortina, M.: *L'imperatore Graziano,* Turín, 1953.

Gasparini, N.: "La morte di Teodosio padre", *Contributo dell'Istituto di Storia antica,* Univ. Cat. di Milano 1, 1972, pp. 180-197.

Grattarola, P.: "L'usurpazione de Procopio e la fine dei Constantinidi", *Aevum,* 1986, 1, pp. 82-105.

Heering, W.: *Kaiser Valentinian I,* Jena, 1927.

Hoepffner, A.: "Un aspect de la lutte de Valentinien I contre le Sénat, la création du "defensor plebis", *Rev. Hist.* 182, 1938, pp. 225-237.

Klein, R.: *Der Streit un dem Victoria Alter,* Darmstadt, 1972.

Lippold, A.: "Ursinus und Damasus", *Historia* 14, 1965, pp. 105-128.

— *Theodosius der Grosse und seine Zeit,* Stuttgart, 1968.

Matthews, J. F.: "Galic supporters of Theodosius", *Latomus* 30, 1971, pp. 1073-1099.

McGeachy, J. A.: *Q. Aurelius Simmacus and the senatorial Aristocracy of the West,* Chicago, 1942.

Palanque, J. R.: *Saint Ambroise et l'Empire Romain. Contribution á l'Histoire des relations entre l'Eglise et l'État à la fin du IV siècle.* París, 1933.

— "L'Empereur Maxime", *Les empereurs romains d'Espagne,* París, 1965, pp. 255-263.

Pavan, M: *La política gotica di Teodosio,* Roma, 1964.

Seyfarth, W.: "Sextus Petronius Probus. Legende und Wirklichkeit", *Klio* 52, 1970, pp. 411-425.

Soraci, R.: *L'Imperatore Valentiniano I,* Catania, 1971.

— *L'Imperatore Gioviano,* Catania, 1968.

Thompson, E.A: *A Roman reformer and inventor, being a new test of the treatise "De Rebus Bellicis" with a translation and introduction,* Oxford, 1952.